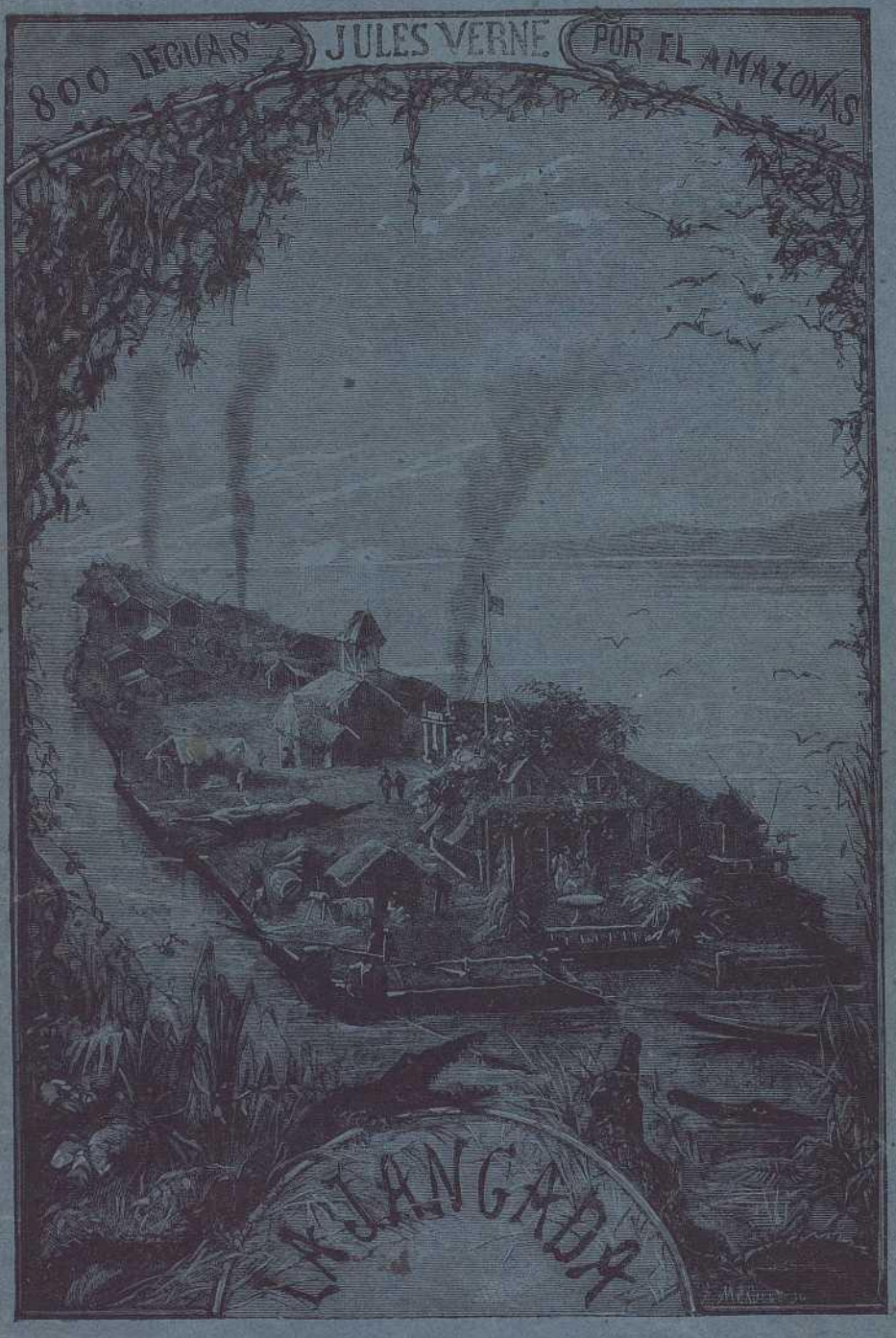
57

TERCERA PARTE.



GASPAR, EDITORES.
4, PRINCIPE, 4.
MADRID.—1882.

LA LIBRERÍA
PROPAGANDA LITERARIA UNIVERSAL.

CATÁLOGO MENSUAL ILUSTRADO

PUBLICADO POR LA CASA

GASPAR, EDITORES.

Contiene una lista de los libros nuevos que se publican en España y el extranjero. Se remite grátis á cuantas personas lo soliciten.

OBRA NUEVA.

MAYNE-REID.

EL CERRO PERDIDO.

PRIMERA PARTE.

EDICION ILUSTRADA.

Una peseta en toda España.

EN PREPARACION.

VICTOR-HUGO.

LOS MISERABLES.

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

NUEVAS EDICIONES ILUSTRADAS.

C-2780

JULIO VERNE.

LA JANGADA.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR, EDITORES.

LA JANGADA.

OCHOCIENTAS LEGUAS POR EL RIO DE LAS AMAZONAS.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR

JULIO VERNE,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR

D. N. F. CUESTA.

TERCERA PARTE.

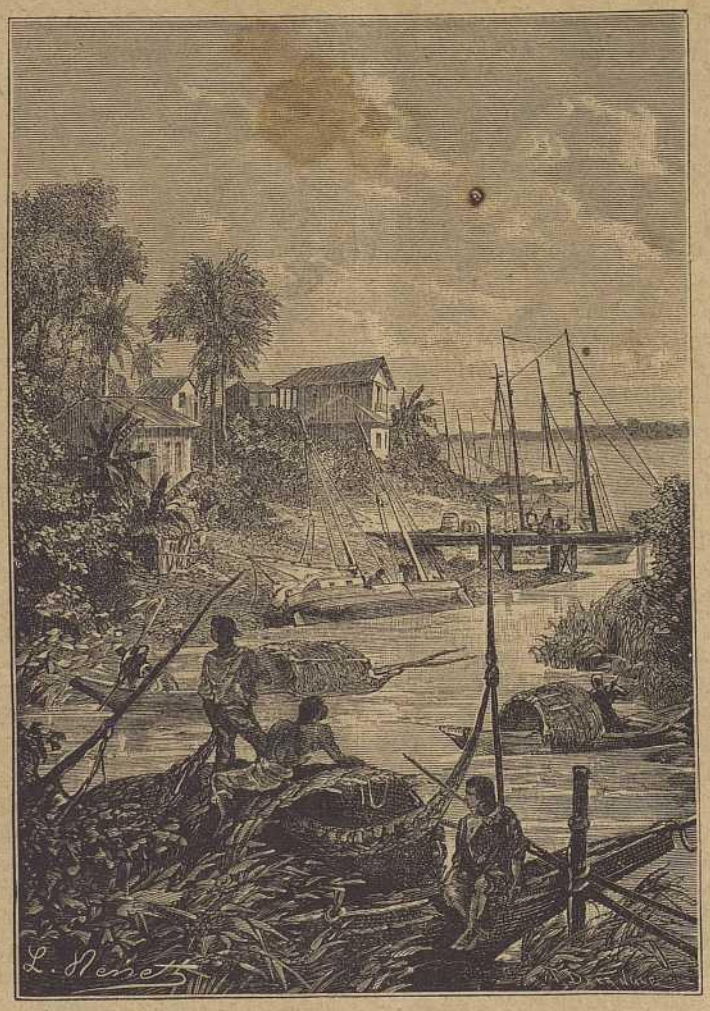
EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS.

GASPAR, EDITORES.
4, PRÍNCIPE, 4.
MADRID. — 1882.

R-2589

Es propiedad de los Editores.

MADRID, 1882.—Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, impresores de la Real Casa.
Paseo de San Vicente, número 20.



LA JANGADA.

TERCERA PARTE.

I.

MANAO.

La ciudad de Manao se halla exactamente situada á los 3° 8′ 4″ de latitud austral, y á los 67° 27′ de longitud Oeste del meridiano de París. Cuatrocientas veinte leguas kilométricas la separan de Belem, y diez kilómetros solamente de la embocadura del rio Negro.

Manao no está edificada á la orilla del rio de las Amazonas. En la ribera izquierda del rio Negro, el más importante y notable de los tributarios de la grande artéria brasileña, es donde se levanta aquella capital de la provincia, dominando la campiña inmediata con el pintoresco conjunto de sus casas particulares y sus edificios públicos.

El rio Negro, descubierto en 1645 por el español Favella, tiene su orígen en las faldas de las montañas situadas al Nordeste, entre el Brasil y la Nueva Granada, en el centro mismo de la provincia de Popayan, y se pone en comunicacion con el Orinoco, es decir, con las Guyanas, por dos de sus afluentes: el Pimichin y el Cuasicari.

Despues de un magnífico curso de 1.700 leguas, viene el rio Negro, por una embocadura de 1.100 toesas (1), á verter sus aguas negras en el Amazonas; pero sin que se confundan con las suyas en un espacio de várias millas: tanta es la fuerza de su activa inclinacion. En aquel sitio las puntas de sus dos orillas se ensanchan, formando una vasta bahía de 15 leguas de fondo, que se extiende hasta las islas Anavilanas. Allí, en una de aquellas estrechas ondulaciones, se halla el puer-

(1) Medida lineal francesa, que tenia seis piés.

to de Manao. Numerosas embarcaciones se encuentran en él; las unas, ancladas en la corriente del rio, aguardando un viento favorable, y las otras en reparacion, en los numerosos iguarapés ó canales que surcan caprichosamente la ciudad y la dan un aspecto algun tanto holandes.

Con la escala de barcos de vapor que no debe tardar en establecerse cerca de la afluencia de los dos rios, el comercio de Manao se aumentará notablemente.

En efecto, las maderas de construccion y de ebanistería, el cacao, el caoutchouc, café, zarzaparrilla, caña de azúcar, indigo, nuez moscada, pescado salado y manteca de tortuga, y otros diversos artículos, encuentran allí numerosas vías de agua que los trasporten en todas direcciones: el rio Negro al Norte y al Oeste, el Madeira al Sur y al Oeste, y el Amazonas, en fin, que se extiende hácia el Este hasta el litoral del Atlántico. La situacion de aquella ciudad es, pues, muy ventajosa, y debe contribuir poderosamente á su prosperidad.

Manao ó Manaos se llamaba ántes Moura, y despues se ha llamado Barra de Rio-Negro. Desde 1757 á 1804 formó solamente parte de la capitanía que llevaba el nombre del gran afluente cuya embocadura ocupaba; pero desde 1826 vino á ser la capital de la vasta provincia del Amazonas, y debió su nuevo nombre á una tribu de los indios que habitaban en otro tiempo los territorios de Centro-América.

Várias veces, viajeros mal informados han confundido esta ciudad con la famosa Manoa, especie de ciudad fantástica, edificada, segun se dice, cerca del lago legendario de Parima, que parece no ser otro que el Branco superior, es decir, un simple afluente del Rio-Negro. Allí estaba aquel imperio llamado de El Dorado, cuyo soberano, si se han de creer las fábulas del país, se hacía cubrir todas las mañanas de polvos de oro, abundando tanto este precioso metal en aquellos terrenos privilegiados, que se le recogia á paladas. Pero de las investigaciones hechas resultó, al llegar á aquel pasaje, que toda aquella pretendida riqueza aurífera consistia en la presencia de numerosas micáceas, sin ningun valor, que habian engañado los ávidos ojos de los buscadores de oro.

En suma: Manao no tiene nada de los esplendores fabulosos de aquella mitológica capital de El Dorado. No es más que una ciudad de cerca de 5.000 habitantes, entre los que se cuentan, por lo ménos, 3.000 empleados. Allí hay cierto número de edificios civiles para uso de aquellos funcionarios: Congreso, palacio de la Presidencia, Tesorería general, casa de Correos y Aduana, sin contar un colegio fundado en 1848 y un hospital que acababa de crearse en 1851. Añadiendo á esto un cementerio, que ocupa la bajada oriental de la colina, donde en 1669 se levantó una fortaleza, al presente destruida, contra los piratas del Amazonas, se sabrá á qué hay que atenerse respecto de la importancia de los establecimientos civiles de la ciudad.

En cuanto á los edificios religiosos, sólo merecen nombrarse dos: la pequeña iglesia de la Concepcion y la capilla de Nuestra Señora de los Remedios, edificada casi á campo raso, sobre una elevacion que domina á Manao.

Esto es muy poco para una ciudad de orígen español. A aquellos dos monumentos hay que añadir todavía un convento de Carmelitas, incendiado en 1850, y del cual ya no quedan más que ruinas.

La poblacion de Manao no asciende á más del número arriba indicado, y fuera de los funcionarios, empleados y soldados, se compone más particularmente de negociantes portugueses y de indios pertenecientes á las diversas tribus de Rio-Negro.

Tres calles principales, harto irregulares, sirven á la ciudad, y llevan nombres muy significativos en el país y que tienen un marcado color local, son: la calle de Dios Padre, la de Dios Hijo y la de Dios Espíritu-Santo. Fuera de éstas, y hácia el Poniente, se extiende una magnífica alameda de naranjos centenarios, que respetaron religiosamente los arquitectos que de la antigua ciudad hicieron la ciudad nueva.

Al rededor de dichas calles principales se entrecruza una red de callejuelas sin empedrar, cortadas sucesivamente por cuatro canales que se pasan por puentecillos de madera. En ciertos sitios, estos iguarapés pasean sus aguas sombrías por medio de grandes terrenos incultos, sembrados de hierbas locas y flores de brillantes colores, y son como paseos naturales sembrados de magníficos árboles, entre los cuales se distingue el *sumaumeira*, este gigante vegetal, revestido de blanca corteza, y cuya ancha cúpula se redondea en forma de parasol, por encima de un nudoso ramaje.

Respecto á las diversas habitaciones particulares, hay que buscarlas entre algunos cientos de casas harto rudimentarias, las unas cubiertas de tejas y las otras techadas con hojas sobrepuestas, de palmera, por el saliente de sus miradores, y las portadas de sus tiendas, que en su mayor parte están ocupadas por los negociantes portugueses.

¿Y qué clases de gentes se ven salir en las horas del paseo, tanto de los edificios públicos como de las habitaciones particulares? Hombres de altivo continente, vestidos con redingot negro, sombrero de seda, zapatos charolados, guantes de color claro y alfiler de diamantes en el nudo de su corbata, y mujeres con grandes tocados, vestidos de volantes y sombreros á la última moda, é indios, en fin, que tratan tambien de ataviarse á la europea, destruyendo todo lo que áun queda del carácter local en aquella parte média de la cuenca del Amazonas.

Tal es Manao, que hemos dado á conocer sumariamente al lector por las circunstancias de esta historia. Allí, el viaje de la jangada, tan trágicamente interrumpido, se hallaba cortado en medio del largo trayecto que tenía que hacer, y allí iban á desarrollarse, en poco tiempo, las peripecias de aquel misterioso asunto.

II.

LOS PRIMEROS MOMENTOS.

En cuanto la piragua que conducia á Juan Garral, ó más bien á Juan Dacosta, pues conviene restituirle su verdadero nombre, hubo desaparecido, Benito se dirigió hácia Manuel.

—¿Qué sabes tú? — le preguntó.

—¡Yo sé que tu padre es inocente!... ¡Sí, inocente!... repitió Manuel, y que una sentencia de muerte ha sido pronunciada contra él, hace veintitres años, por un crímen que no habia cometido.

—¿Él te lo ha dicho todo, Manuel?

—Todo, Benito —respondió el jóven.—El recto hacendado no queria que nada de su pasado estuviese oculto al que iba á ser su segundo hijo, el esposo de su hija.

—Y la prueba de su inocencia, ¿puede, al fin, manifestarla mi padre á la luz del claro dia?

—Esa prueba, Benito, está en los veintitres años de una vida honrosa y honrada; está en la conducta de Juan Dacosta, que irá á decir á la justicia: «¡Vedme aquí! ¡No quiero más esta falsa existencia! ¡No quiero ocultarme más bajo un nombre que no es el mio verdadero! ¡Habeis condenado á un inocente... Rehabilitadle!»

—Y cuando mi padre te hablaba así, ¿has dudado tú en creerle, aunque no fuera más que por un instante? — preguntó Benito.

—¡Ni un instante, hermano! — respondió Manuel.

Las manos de los dos jóvenes se estrecharon con efusion.

Benito fué luégo á buscar al padre Passanha, y le dijo:

— Padre, conducid á mi madre y mi hermana á sus habitaciones, y no las dejeis en todo el dia. Nadie duda aquí de la inocencia de mi padre, nadie... vos lo sabeis. Mañana mi madre y yo irémos á buscar al jefe de policía, que no nos rehusará el permiso de entrar en la prision. No... esto sería demasiado cruel. Volverémos á ver á mi padre, y resolverémos la conducta que hay que seguir para llegar á obtener su rehabilitacion.

Yaquita estaba casi inerte; pero aquella valiente mujer, aterrada al pronto por el repentino golpe, no tardó en reponerse. Yaquita Dacosta sería lo que habia sido Yaquita Garral. Ella no dudaba de la inocencia de su marido, ni pasaba por su mente que Juan Dacosta fuese digno de vituperio por haberse casado con ella bajo un nombre que no era el suyo. No pensaba más que en la dichosa vida que la habia proporcionado aquel hombre honrado, tan injustamente herido!... Sí, á la mañana siguiente estaria á la puerta de su prision, y no se marcharia sin que le hubiese sido abierta.

El padre Passanha la acompañó con su hija, que no podia contener las lágrimas, y los tres se encerraron en la habitacion.

Los dos jóvenes quedaron solos.

—Ahora —dijo Benito— es preciso que yo sepa, Manuel, todo lo que te ha dicho mi padre.

—No te ocultaré nada, Benito.

— ¿Qué venía á hacer Torres á bordo de la jangada?

—A vender á Juan Dacosta el secreto de su pasado.

—¿De modo que cuando nósotros encontramos á Torres en los bosques de Iquitos, tendria ya formado el designio de entrar en comunicacion con mi padre?

—Sin género de duda— respondió Manuel.—El miserable se dirigiria entónces hácia la hacienda, con idea de llevar á cabo una innoble operacion de cambio preparada de antemano.

—Y cuando le hicimos saber—contesta Benito—que mi padre y toda su familia se disponian á pasar la frontera, ¿cambió repentinamente su plan de conducta?

—Sí, Benito; porque Juan Dacosta, una vez en el territorio brasileño, estaba mejor á su merced que en la parte de allá de la frontera peruana. Hé aquí por qué hemos encontrado á Torres en Tabatinga, donde aguardaba, donde espiaba nuestra llegada.

—¡Y yo que le ofrecí embarcarle en la jangada!... —exclamó Benito, con un movimiento de desesperacion.

— Hermano — le contestó Manuel — no te reproches nada... Torres nos hubiera alcanzado tarde ó temprano, porque no es hombre que abandonase semejante pista. Si le habiéramos faltado en Tabatinga, le habríamos encontrado en Manao.

— Sí, Manuel, tienes razon... Pero no se trate ya del pasado... Ahora... tratemos del presente.... Nada de recriminaciones inútiles... Veamos...

Y hablando de este modo, Benito se pasó la mano por la frente, como procurando recoger todos los pormenores de aquel triste asunto.

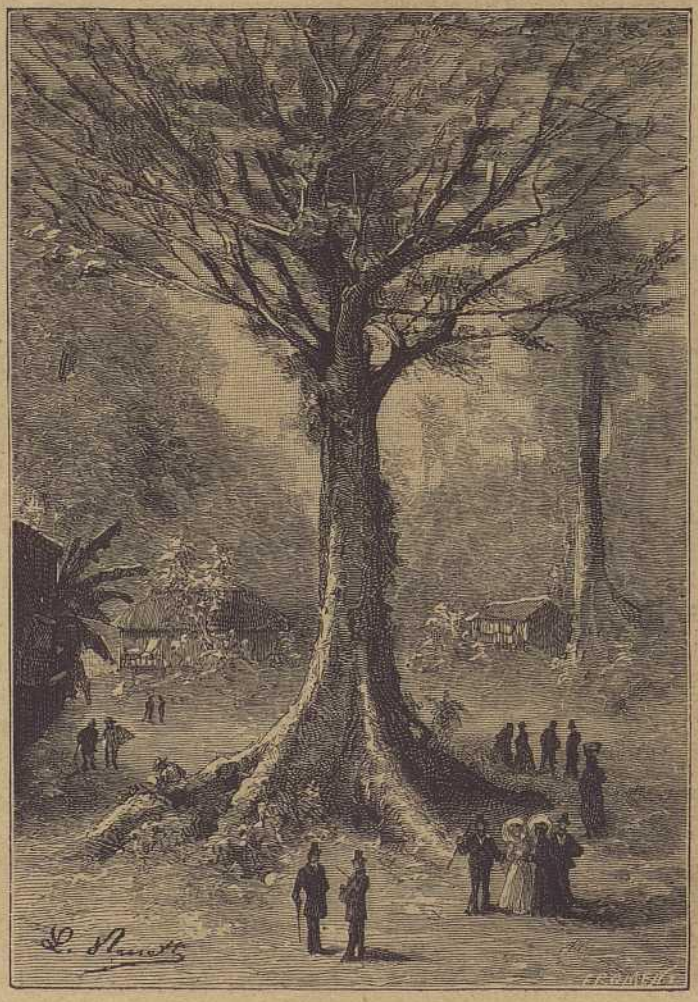
—Veamos,— preguntó:— ¿cómo ha podido saber Torres que mi padre habia sido condenado hace veintitres años, por aquel abominable crímen de Tijuco?

—Lo ignoro —respondió Manuel;—y todo me induce á creer que tu padre no lo sabe tampoco.

—Y sin embargo, ¿Torres tenía conocimiento de ese nombre de Garral, bajo el que se ocultaba Juan Dacosta?

—Evidentemente.

—¿Y sabía que era en el Perú, en Iquitos, donde al cabo de tantos años se hallaba refugiado mi padre?...



El Sumaumeira.

—Lo sabía—respondió Manuel.—Pero yo no alcanzo á comprender cómo llegó á saberlo.

—La última pregunta—dijo Benito.—¿Qué proposicion hizo Torres á mi padre durante la corta conferencia que precedió á su expulsion?

—Le amenazó con denunciar en Juan Garral á Juan Dacosta, si éste se negaba á comprar su silencio.

—¿Y á qué precio?

—Al precio de la mano de su hija—respondió Manuel sin vacilar, pero pálido de ira.

—¡El miserable se ha atrevido!....—exclamó Benito.....

—A aquella infame peticion, ya has visto, Benito, qué respuesta dió tu padre.

—¡Sí, Manuel, sí..... la respuesta de un hombre recto, indignado!..... ¡Él ha arrojado de aquí á Torres; pero no basta haberle arrojado! ¡No..... esto no me basta á mí!..... Por la denuncia de Torres es por lo que se ha venido á prender á mi padre. ¿No es verdad?

—¡Sí, por su denuncia!

—Pues, bien—gritó Benito, dirigiendo su brazo con ademan amenazador hácia la orilla izquierda del rio;—es preciso que yo vuelva á encontrar á Torres; es preciso que yo sepa cómo ha llegado á hacerse dueño de ese secreto. Es necesario que me diga, si lo sabe, el verdadero autor el crímen..... ¡Él hablará!..... ó si se niega á hablar, yo sé lo que me queda que hacer.

—Lo que nos queda que hacer á mí como á tí

Algunos vecinos vagaban por aquel promontorio.

—añadió más friamente Manuel, aunque no ménos resuelto.

—¡No, Manuel, no..... á mí solo!

—Nosotros somos hermanos, Benito—dijo Manuel—y ésta ya es una venganza que nos corresponde á los dos.

Benito no replicó. En este asunto, evidentemente, su partido estaba tomado.

En aquel momento el piloto Araujo, que venía de observar el estado del rio, se acercó á los dos jóvenes y les preguntó: — ¿Habeis resuelto si la jangada ha de quedar anclada en la isla de Muras, ó tomar el puerto de Manao?

Esta era una cuestion que debia resolverse ántes de la noche, y examinarla, por tanto, inmediatamente.

En efecto, la noticia de la prision de Juan Dacosta debia ya haberse esparcido por la ciudad. No cabia duda que, por su natureleza, debia excitar altamente la curiosidad de la poblacion de Manao. Mas ¿no podia excitar más que la curiosidad contra el condenado, contra el autor principal de aquel crímen de Tijuco, que habia tenido tan inmenso eco en otro tiempo? ¿No podia temerse algun movimiento popular con motivo de aquel atentado no castigado todavía? Ante semejante hipótesis, ¿no convenia más dejar la jangada amarrada cerca de la isla de Muras en la ribera derecha del rio, á algunas millas de Manao?

Las ventajas y los inconvenientes de esta cuestion fueron examinados.

—No—exclamó Benito;—permanecer aquí se-

ría aparentar que abandonábamos á mi padre y dudábamos de su inocencia. ¡Sería aparecer como temerosos de formar causa comun con él!..... ¡Es preciso ir á Manao, y sin tardanza!

—Tienes razon, Benito—respondió Manuel.—¡Partamos!

Araujo, haciendo con la cabeza un movimiento de aprobacion, tomó sus disposiciones para dejar la isla. La maniobra exigia algun cuidado. Se trataba de tomar oblícuamente la corriente del Amazonas, aumentada por la del rio Negro, y dirigirse hácia la embocadura de este afluente, que se abria á doce millas por bajo de la ribera izquierda.

Largáronse las amarras que sujetaban á la isla la jangada, y ésta, vuelta otra vez al lecho del rio, principió á descender diagonalmente. Araujo, aprovechando hábilmente la curvatura de la corriente, cortada por las puntas de los promontorios de la orilla, pudo lanzar el inmenso aparato en la direccion deseada, ayudado por los largos bicheros de la tripulacion.

Dos horas despues la jangada se hallaba en la otra orilla del Amazonas, un poco más arriba de la embocadura del rio Negro, y entónces fué la corriente quien se encargó de conducirla á la ribera inferior de la vasta bahía abierta en la orilla izquierda de aquel afluente.

En fin, á las cinco de la tarde, la jangada estaba sólidamente amarrada á lo largo de aquella orilla, no precisamente en el mismo puerto de Manao, al que no habria podido llegar sin tener que navegar contra una corriente bastante rápida; pero á ménos de una pequeña milla por la parte de abajo de él.

El tren de maderas descansaba entónces sobre las oscuras aguas del rio Negro, cerca de un promontorio bastante alto, erizado de cecropias de largas hebras y empalizada con esas cañas de troncos pelados, llamadas *frojas*, de las que los indios hacen sus armas ofensivas.

Algunos vecinos de la ciudad vagaban sobre aquel promontorio. Era, á no dudarlo, un sentimiento de curiosidad el que les llevaba hácia el fondeadero de la jangada. La noticia de la prision de Juan Dacosta no habia tardado en esparcirse; pero la curiosidad de aquellos habitantes no llegaba hasta la indiscrecion y se mantenian en una prudente reserva.

La idea de Benito era bajar á tierra aquella misma tarde; pero Manuel le disuadió diciéndole:

—Aguardemos á mañana. La noche va á llegar, y no conviene que dejemos la jangada.

—¡Sea mañana!—responde Benito.

En aquel momento, Yaquita, acompañada de su hija y del padre Pasanha, salió de la habitacion. Si Minha estaba todavía desecha en lágrimas, el semblante de su madre se hallaba seco, y toda su persona se manifestaba enérgica y resuelta.

Advertíase que aquella mujer estaba dispuesta á todo; tanto á hacer su deber, como á usar de su derecho.

Yaquita se adelantó lentamente hácia Manuel y le dijo:

—Manuel, escuchad lo que tengo que deciros, porque yo os voy hablar como mi conciencia me manda hacerlo.

—Ya os escucho—respondió Manuel.

Yaquita le miró bien de frente.

—Ayer, despues de la conferencia que tuvisteis con Juan Dacosta, mi esposo, os llegasteis á mí, y me llamasteis ¡madre mia!..... Tomasteis la mano de Minha y la dijisteis, ¡esposa mia!..... Vos lo sabiais todo, y ¡el pasado de Juan Dacosta os habia sido revelado!

—Sí—respondió Manuel—y que Dios me castigue, si por mi parte he tenido ni una duda.

—Sea, Manuel—replicó Yaquita.—Pero entónces Juan Dacosta no estaba preso todavía. Al presente, la situacion no es la misma. Por más inocente que sea, mi marido se halla en manos de la justicia. Su pasado está públicamente de manifiesto..... Minha es la hija de un condenado á la pena capital.

—Minha Dacosta ó Minha Garral, ¡qué me importa!—exclamó Manuel, que no pudo contenerse más tiempo.

—¡Manuel!.....—murmuró la jóven.

E indudablemente hubiera caido á tierra, si los brazos de Lina no hubieran acudido á sostenerla.

—¡Madre mia!..... si no quereis matarla—dijo Manuel—¡llamadme hijo mio!

—¡Hijo mio!..... ¡Niño mio!

Esto fué lo único que pudo responder Yaquita, y sus lágrimas, contenidas con tanto trabajo, brotaron abundantemente de sus ojos.

Todos volvieron á entrar en la habitacion; pero aquella larga noche, ni una sola hora de sueño debia acortarla para aquella honrada familia, tan cruelmente probada.

III.

RECUERDOS DEL PASADO.

Era una desgracia la muerte del juez Ribeiro, con el cual Juan Dacosta tenía la certidumbre de poder contar absolutamente.

Antes de ser juez de Manao, es decir, el primer magistrado de la provincia, Ribeiro habia conocido á Juan Dacosta, en la época en que el jóven empleado fué perseguido por el crímen del robo de los diamantes. Ribeiro era entónces abogado en Villa-Rica, y él fué quien se encargó de defender al acusado delante del Tribunal, haciendo suya aquella causa, que tomó con sumo interes. Del exámen de las piezas del proceso, y de los pormenores de la instruccion, adquirió, no una simple conviccion de oficio, sino la certidumbre de que su defendido habia sido acusado sin razon; que no habia tenido parte en el más mínimo grado en el asesinato de los soldados

de la escolta y el robo de los diamantes, y que la instruccion habia sido formada bajo un supuesto falso; en una palabra, que Juan Dacosta era inocente.

Sin embargo, esta conviccion del abogado Ribeiro, por grandes que fueran su talento y su celo, no podia hacerla pasar al espíritu del Jurado. ¿Sobre quién podria declinar la presuncion del delito? ¿Si no era Juan Dacosta, colocado en todas las condiciones favorables para informar á los malhechores de la marcha secreta del convoy, quién podia ser? El empleado que acompañaba á la escolta habia sucumbido con la mayor parte de los soldados, y las sospechas no podian recaer sobre él. Todo concurria, pues, á hacer de Juan Dacosta el único, el verdadero autor del crímen.

¡Ribeiro le defendió con calor extremado, con toda su alma!... No omitió nada para salvarle. Pero el veredicto del Jurado fué afirmativo en todas sus partes. Juan Dacosta, convicto de asesinato, con la circunstancia agravante de la premeditacion, no obtuvo el beneficio de las circunstancias atenuantes, y fué condenado á muerte.

Ninguna esperanza le quedaba al acusado. Ninguna conmutacion de pena era posible, tratándose de un crímen relativo al robo de los diamantes.

El condenado estaba perdido... Pero durante la noche que precedió á la ejecucion, y cuando el patíbulo estaba ya levantado, Juan Dacosta pudo fugarse de la prision de Villa-Rica... lo demas, ya se sabe.

Veinte años despues, el abogado Ribeiro fué nombrado juez en Manao. Desde el fondo de su retiro, el hacendado de Iquitos supo aquel cambio, y vió en él una feliz circunstancia, que podia proporcionar la revision de su proceso con algunas probabilidades de buen éxito.

Sabía que las antiguas convicciones del abogado respecto á aquel asunto, debian hallarse sin alteracion en el ánimo del juez. Resolvió, pues, intentarlo todo para llegar á la rehabilitacion. Sin el nombramiento de Ribeiro para el cargo de magistrado superior en la provincia del Amazonas, quizá hubiese vacilado; porque no tenía ninguna nueva prueba material de su inocencia que aducir. Quizá, aunque aquel hombre honrado sufriese terriblemente por verse precisado á ocultarse en el destierro de Iquitos, quizá hubiera dejado al tiempo borrar más todavía los recuerdos de aquel terrible asunto; pero una circunstancia le puso en el caso de obrar sin demora.

En efecto; mucho ántes que Yaquita le hubiese hablado, Dacosta habia comprendido que Manuel amaba á su hija. La union de ésta con el jóven médico militar le convenia por todos conceptos. Era evidente que un dia ú otro se haria una peticion de matrimonio, y Juan no queria hallarse desprevenido.

Pero entónces, el pensamiento de que iba á casar á su hija bajo un nombre que no la pertenecia, y que Manuel Valdés, creyendo entrar en la familia Garral entraria en la familia Dacosta, cuyo jefe no era más que un fugitivo, sobre el cual pesaba siempre una condena de pena capital, aquel pensamiento le fué insoportable. ¡No!... ¡Aquel matrimonio no se haria en las condiciones con que se habia verificado el suyo propio! ¡No... jamas!...

Ya se recordará lo que habia pasado en aquella época. Cuatro años despues que el jóven encargado, socio ya de Magallánes, hubo llegado á la hacienda de Iquitos, el viejo portugues fué conducido á la posesion herido de muerte. Quedábanle muy pocos dias de vida, y espantábale la idea de que su hija iba á quedar sola y sin apoyo. Pero sabiendo que Juan y Yaquita se amaban, quiso que su union se verificase sin tardanza.

Juan rehusó desde luégo. Ofreció quedarse como el protector y servidor de Yaquita, sin llegar á ser su marido; pero las instancias del moribundo Magallánes fueron tales, que fué imposible toda resistencia. Yaquita puso su mano en la de Juan, y éste no la retiró.

¡Sí... esto era allí un hecho grave! Sí, Juan Dacosta debió, ó declarárselo todo, ó huir para siempre de aquella casa, donde habia sido tan hospitalariamente recibido; de aquel establecimiento, cuya prosperidad habia promovido!... ¡Sí... decirlo todo, ántes que dar á la hija de su bienhechor un nombre que no era el suyo; el nombre de un condenado á muerte, por delito de asesinato, por más que fuese inocente ante los ojos de Dios!

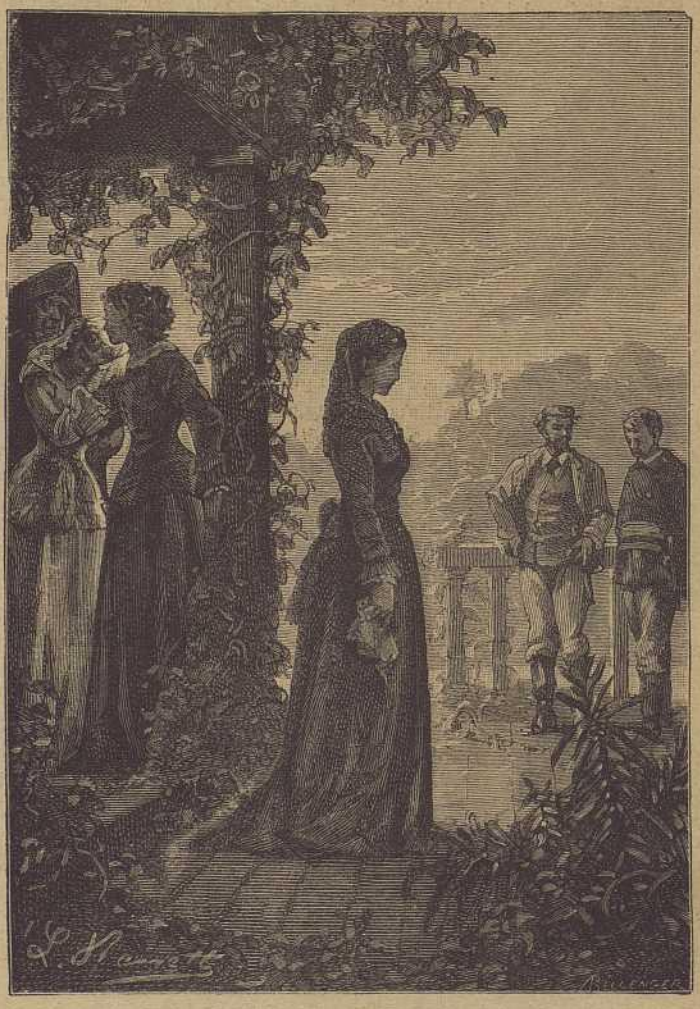
Pero las circunstancias apremiaban; el viejo hacendado iba á morir, y sus manos se tendieron hácia los dos jóvenes... Juan Dacosta se calló, el matrimonio tuvo efecto y la vida entera del jóven granjero fué consagrada á labrar la dicha de la que habia llegado á ser su esposa.

— El dia que yo se lo declare todo — decíase Juan — Yaquita me perdonará!... ¡No dudará de mí un instante! Mas, si yo he podido engañarla, ¡no engañaré al hombre honrado que quiera entrar en nuestra familia casándose con Minha!... ¡No... ántes me entregaré, para acabar con esta existencia!

¡Cien veces, sin duda, tuvo Juan Dacosta el pensamiento de decir á su esposa todo lo que habia sido su pasado!... Sí, la confesion estuvo en sus labios, sobre todo cuando ella le rogaba que la condujese al Brasil, haciéndola bajar con su hija por aquel hermoso rio de las Amazonas. Conocia bastante á Yaquita para estar seguro de que no se disminuiria el afecto que le profesaba... pero le faltaba el valor.

¡Qué no le contendria en presencia de aquella felicidad de familia que le rodeaba; que era su obra, y que iba, quizá, á destruir para siempre!

¡Tal fué su vida durante largos años; tal fué el orígen, siempre renaciente, de los horribles sufrimientos cuyo secreto guardaba; tal fué, en fin, la vida de aquel hombre, que no tenía ningun acto



Yaquita salió de la habitacion.

que ocultar, y á quien una suprema injusticia le obligaba á ocultarse!

Pero, al fin, el dia en que ya no pudo dudar del amor de Manuel hácia su hija, y en que pudo calcular que no trascurriria un año sin que se viese precisado á dar su consentimiento para aquel matrimonio, no dudó más y trató de obrar sin dilacion.

Una carta suya dirigida al juez Ribeiro, puso en conocimiento de éste el secreto de la existencia de Juan Dacosta, el nombre bajo el que se ocultaba, el lugar donde vivia con su familia, y al mismo tiempo su formal idea de ir á entregarse á la justicia de su país y de que se procediese á la revision de su proceso, del que debia salir para él la rehabilitacion ó la ejecucion del inícuo juicio celebrado en Villa-Rica.

¿Cuáles fueron las impresiones que brillaron en el alma del honrado magistrado? Fácilmente se adivina. No era al abogado á quien se dirigia un acusado; era al juez superior de la provincia á quien un condenado hacía su llamamiento; Juan Dacosta se entregaba completamente á él, y ni áun le pedia que guardase el secreto.

El juez Ribeiro, sorprendido al pronto por aquella revelacion inesperada, se repuso en seguida, y pesó escrupulosamente todos los deberes que su posicion le imponia. Á él le incumbia el cargo de perseguir á los criminales, y véase cómo un criminal venía á ponerse en sus manos. Verdad es que habia defendido á aquel criminal y que no dudaba que fué injustamente condenado; su alegría habia sido muy grande al ver que se salvaba

El Juez Jarriquez.

por la fuga del último suplicio, y en caso de necesidad él mismo hubiera provocado y facilitado su evasion; mas lo que el abogado hubiera hecho en otro tiempo, ¿podia el juez hacerlo ahora?

—¡Pues bien; sí!—díjose el juez.—Mi conciencia me aconseja que no abandone á este justo! ¡La conducta que observa en el dia es una nueva prueba de su inculpabilidad; una prueba moral, supuesto que no puede presentar otras; pero quizá la más convincente de todas!... ¡No... yo no le abandonaré!

Desde aquel dia se estableció una correspondencia secreta entre el magistrado y Juan Dacosta. Ribeiro obligó desde luégo á su cliente á no comprometerse por un acto de imprudencia. Queria volver á tomar el negocio, ver de nuevo el proceso, revisar la informacion. Era preciso saber si nada de nuevo habia ocurrido en el distrito diamantino respecto á aquella grave causa. De aquellos cómplices del delito, de aquellos contrabandistas que habian asaltado el convoy, ¿no habian sido presos algunos?

Las confesiones y semiconfesiones, ¿no tenian ningun valor? Juan Dacosta, ¿no habia estado y no estaba siempre pronto á protestar de su inocencia? Pero esto no bastaba, y el juez Ribeiro queria hallar en los mismos elementos del asunto á quién incumbia realmente la criminalidad.

Dacosta debia, pues, ser prudente, y ofreció serlo. Pero tuvo un inmenso consuelo en todas sus rudas pruebas, al encontrar en su antiguo abogado, convertido ya en juez supremo, la entera con-

viccion de que no era culpable. Sí, Dacosta, á pesar de su condenacion, era una víctima, un mártir, un hombre de bien, á quien la sociedad debia una brillante reparacion!... Y cuando el magistrado conoció el pasado del hacendado de Iquitos, desde su condenacion, la situacion actual de su familia y toda aquella vida de abnegacion y de trabajo, empleada sin descanso en asegurar la felicidad de los suyos, quedó, no solamente convencido, sino conmovido tambien, y juró hacer todo lo posible para conseguir la rehabilitacion del condenado de Tijuco.

Por espacio de seis meses duró el cambio de correspondencia entre estas dos personas.

Un dia, en fin, y apremiando las circunstancias, Juan Dacosta escribió al juez Ribeiro:

«Dentro de dos meses me hallaré á vuestro lado, y á disposicion del primer magistrado de la provincia.»

«Venid, pues—le contestó Ribeiro.»

La jangada estaba entónces pronta á bajar por el rio. Juan Dacosta se embarcó con todos los suyos, mujeres, niños y criados. Durante el viaje, y con gran admiracion de su mujer y de sus hijos, ya se sabe que no desembarcó sino rarísimas veces. Permanecia frecuentemente encerrado en su habitacion, escribiendo y trabajando, no en sus cuentas de comercio, sino, sin decir nada á nadie, en aquella especie de Memoria que titulaba *Historia de mi vida*, y que debia servir para la revision de su proceso.

Ocho dias ántes de su nueva prision, verificada á consecuencia de la denuncia de Torres, que venía á adelantar, ó quizá á destruir, sus proyectos, habia entregado á un indio del Amazonas una carta, en la cual avisaba al juez Ribeiro su próxima llegada.

Aquella carta partió, fué entregada á quien iba dirigida, y el juez Ribeiro no esperaba más que á Juan Dacosta para entablar aquel grave negocio, que tenía esperanza de llevar á feliz término.

En la noche que precedió á la llegada de la jangada, un ataque de apoplegía hirió al juez Ribeiro. Pero la denuncia de Torres, cuya idea de cambio habia fracasado ante la noble indignacion de su víctima, habia producido efecto. Juan Dacosta fué preso en medio de los suyos, y su antiguo abogado no estaba allí para defenderle!

¡Verdaderamente, aquel era un golpe terrible! ¡Como quiera que fuese, la suerte estaba echada y no era posible volver atras!

Juan Dacosta se sobrepuso entónces á aquel golpe que tan inopinadamente le heria. No era su honor solamente el que se hallaba en juego; era el honor de todos los suyos.

IV.

PRUEBAS MORALES.

El mandamiento de prision decretado contra Juan Dacosta, llamado Juan Garral, habia sido expedido por el suplente del juez Ribeiro, que debia desempeñar las funciones de aquel magistrado en la provincia del Amazonas hasta el nombramiento de su sucesor.

Aquel suplente se llamaba Vicente Jarriquez. Era un buen hombre, pequeño, bastante áspero, y á quien cuarenta años de ejercicio y de procedimientos criminales no habian contribuido á hacerle muy benévolo para los acusados. Habia instruido tantos asuntos de aquel género, juzgado y condenado tantos malhechores, que la inocencia de un acusado, cualquiera que fuese, le parecia *à priori* inadmisible. Ciertamente que él no juzgaba contra su conciencia; pero su conciencia, fuertemente acorazada, no se dejaba impresionar con facilidad por los incidentes del interrogatorio ó los argumentos de la defensa. Como muchos presidentes de tribunales, hallaba placer en resistirse contra la indulgencia del Jurado, y cuando despues de haber pasado como por una criba las sumarias, declaraciones é instrucciones llegaba un acusado á su presencia, todas las presunciones estaban á su vista, porque aquel acusado era diez veces culpable.

Sin embargo, aquel Jarriquez no era un mal hombre. Nervioso, bullicioso, inquieto, locuaz, astuto y perspicaz, era muy curioso verle una cabeza grande sobre un cuerpo pequeño; una cabellera desgreñada, que no se hubiese desenredado con nada, unos ojos, que parecian dos agujeros abiertos con barrena, y cuya mirada tenía una admirable fijeza; una nariz prominente, con la cual hubiera de seguro accionado á poco que la moviera; unas orejas, separadas para recoger mejor todo lo que se decia áun fuera del alcance ordinario del aparato auditivo; unos dedos tamborileteando sin cesar sobre la mesa del tribunal, como los de un pianista que se ejercita en silencio; un busto, demasiado largo para sus piernas demasiado cortas, y unos piés, que incesantemente cruzaba y descruzaba cuando se entronizaba en su silla de magistrado.

En su vida privada, el juez Jarriquez, solteron endurecido; no dejaba sus libros de Derecho criminal sino para sentarse á la mesa, á la que era bastante aficionado; el whist, que le gustaba mucho; el juego del ajedrez, en que pasaba por maestro, y, sobre todo, el descifrar los rompe-cabezas chinos, enigmas, charadas, jeroglíficos, anagramas, logogrifos y otros, formaban su pasatiempo principal, como forman el de más de un magistrado europeo, verdaderos esfinges por gusto y por profesion.

Era un ente original, segun se ve, y tambien se ve cuánto habia perdido Juan Dacosta con la muerte del juez Ribeiro, pues que su causa iba á pasar á un magistrado tan poco indulgente.

Por otra parte, la tarea de Jarriquez en aquel asunto era bastante sencilla. No tenía que desempeñar el cargo de investigador ó de instructor, ni que dirigir los debates para promover el veredicto, ni hacer aplicacion de los artículos del Código Penal, ni pronunciar, en fin, una sentencia. Desgraciadamente para el hacendado de Iquitos, no eran necesarias tantas formalidades. Dacosta habia sido preso, juzgado y condenado hacía veintitres años por el crímen de Tijuco; la prescripcion no llegaba todavía á cubrir su condena; ninguna peticion de conmutacion de pena podia producirse, ni habia ninguna facilidad de que se le concediese el perdon. Así, pues, no se trataba más, en suma, que de identificar su persona, y con la órden de ejecucion, que llegaria de Rio-Janeiro, dejar que la justicia siguiera su curso.

Pero Juan Dacosta protestaria, sin duda, de su inocencia; diria que habia sido injustamente condenado. El deber del magistrado, cualquiera que fuese su opinion respecto á esto, era escucharle. Toda la cuestion estribaba en saber qué pruebas de sus aserciones podia presentar el acusado. Si no habia podido hacerlo al comparecer ante sus primeros jueces, ¿se hallaria entónces en situacion de verificarlo?

En esto debia encontrarse todo el interes del interrogatorio.

Débese confesar, sin embargo, que el hecho de un contumaz afortunado, que hallándose en seguridad en país extranjero, lo deja todo voluntariamente para afrontar una justicia que su pasado debia enseñarle á temer, era un caso curioso y raro, que debia interesar en extremo á un magistrado encanecido en todas las peripecias de los negocios jurídicos. ¿Era por parte del condenado de Tijuco una cínica necesidad, ó que, cansado de la vida y á impulso de su conciencia, queria á todo trance dar cuenta de su iniquidad? Hay que convenir que el problema era muy extraño.

Al otro dia de la prision de Juan Dacosta, el juez Jarriquez fué á la cárcel de la calle de Dios Hijo, donde habia sido encerrado el preso.

Aquella cárcel era un antiguo convento de misioneros, edificado á la orilla de uno de los principales *igarapés* ó canales de la ciudad.

A los detenidos voluntarios de otro tiempo habian sustituido en aquel edificio, poco á propósito para su nuevo destino, los detenidos contra su voluntad, del presente. La pieza ocupada por Juan Dacosta no era, pues, una de esas tristes celdillas que permite el moderno sistema penitenciario.

Era una antigua celda de fraile, con una ventana sin pantalla, pero bien enrejada, que daba á un terreno baldío; en un rincon habia un banco; en otro, una especie de cama; algunos utensilios ordinarios, y nada más.

De esta celda, en la mañana del 25 de Agosto, á cosa de las once de ella, fué sacado Juan Dacosta y conducido á la sala de declaraciones instalada en la antigua sala capitular del convento.

El juez Jarriquez estaba allí, delante de su bufete, encaramado en su alto sillon, y vuelta la espalda á la ventana, á fin de que su persona permaneciese en la sombra, miéntras que la del acusado permanecia en plena luz.

Su escribano estaba colocado á un extremo de la mesa, la pluma sobre la oreja, y con la indiferencia propia de la gente de curia, dispuesto á consignar las preguntas y las respuestas.

Juan Dacosta fué introducido en esta sala, y á una señal del magistrado, se retiraron los guardias que le condujeran.

El juez Jarriquez miró detenidamente al acusado. Este se habia inclinado ante él guardando una actitud conveniente, ni soberbia ni humilde, esperando con dignidad para contestar á las preguntas que le fuesen dirigidas.

—¿Vuestro nombre?—dijo el juez Jarriquez.

—Juan Dacosta.

—¿Vuestra edad?

—Cincuenta y dos años.

—¿Dónde vivís?

—En el Perú, en la aldea de Iquitos.

—¿Bajo qué nombre?

—Bajo el de Garral, que es el de mi madre.

—¿Y por qué llevais ese nombre?

—Porque durante veintitres años me he querido ocultar á las pesquisas de la justicia brasileña.

Las respuestas eran tan precisas, parecian indicar tan bien que Juan Dacosta se hallaba resuelto á confesar todo su pasado y su presente, que el juez Jarriquez, poco habituado á semejantes procederes, levantó su nariz más verticalmente que de costumbre.

—¿Y por qué—volvió á preguntar—la justicia brasileña podia ejercer pesquisas contra vos?

—Porque habia sido condenado á la pena capital en 1826, en el asunto de los diamantes de Tijuco.

—¿Confesais, pues, que sois Juan Dacosta?

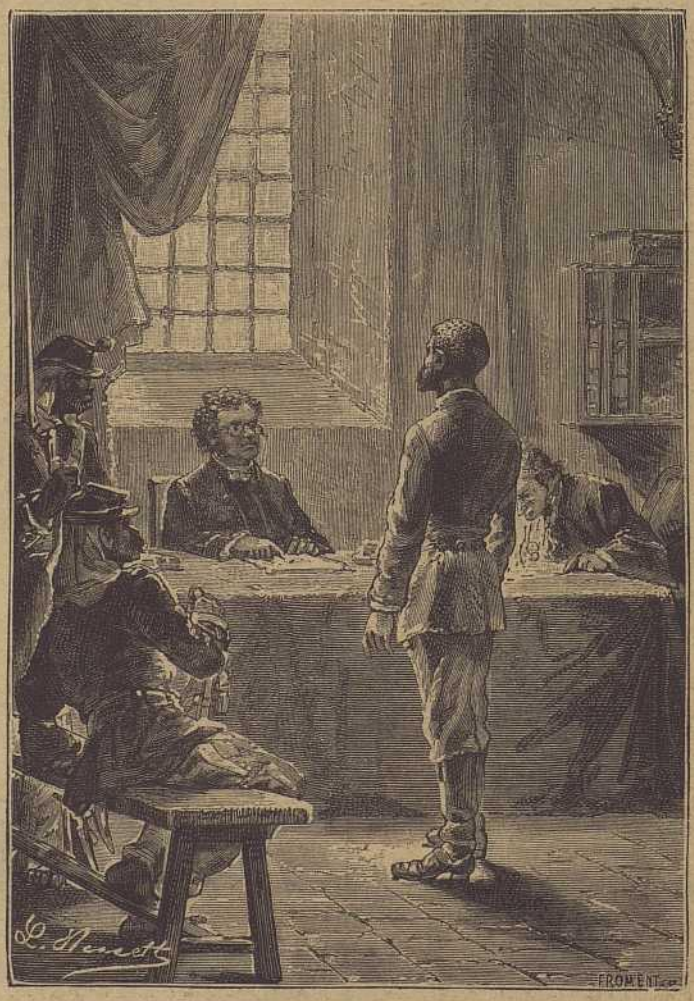
—Soy Juan Dacosta.

Todo esto estaba dicho con la calma más grande y más sencilla del mundo. Los ojos del juez Jarriquez se ocultaron bajo sus párpados, como pareciendo decirles: «Hé aquí un negocio que marchará solo.»

Solamente faltaba llegase el momento de presentar la invariable cuestion que trae consigo la invariable respuesta de los acusados de todas clases: la protesta de su inocencia.

Los dedos del juez principiaron á tocar sobre la mesa.

—Dacosta—le preguntó—¿qué haciais en Iquitos?



Soy Juan Dacosta.

—Soy hacendado y me ocupo en dirigir un establecimiento agrícola bastante considerable.

—¿Se halla en vías de prosperidad?

—Muy grande.

—¿Y desde cuándo habeis dejado vuestra hacienda?

—Hace nueve semanas.

—¿Por qué?

—Para esto, señor, di un pretexto—contestó Dacosta;—pero en realidad, tenía un motivo.

—¿Cuál ha sido el pretexto?

—El cuidado de conducir á Para un tren flotante de maderas y un cargamento de varios productos del Amazonas.

—¡Ah!—dijo el juez.—¿Y cuál era el verdadero motivo de vuestro viaje?

Y al hacer esta pregunta se dijo: «Vamos, pues, á entrar, por fin, en el terreno de las negativas y de las mentiras.»

—El verdadero motivo—contestó Dacosta con una voz firme—era la resolucion que habia tomado de venir á entregarme á la justicia de mi país.

—¡Vos entregaros!.....—exclamó el juez levantándose de su sillon: —¡Vos entregaros!..... ¿y de *motu propio?*

—¡De *motu propio!*

—¿Y por qué?

—Porque ya estaba harto; porque ya no queria más esta existencia, esta obligacion de vivir bajo un nombre supuesto; de esta imposibilidad de poder restituir á mi esposa y mis hijos el que les pertenece; en fin, señor, porque.....

Hablad—le dijo.

—¿Por qué?

—¡Yo soy inocente!

«He aquí lo que esperaba,» se dijo á sí mismo el juez Jarriquez.

Y miéntras que sus dedos tocaban una marcha un poco más acentuada, hizo á Dacosta, con la cabeza, un signo, que queria decir claramente:—«¡Vamos, contad vuestra historia! Yo la conozco; pero no quiero impediros que la refirais á vuestro gusto.»

Juan Dacosta, que no despreció aquella poco favorable disposicion de ánimo de su juez, hizo que no la notaba. Hizo, pues, la historia entera de su vida; habló con mesura, sin separarse de la calma que se habia impuesto, sin omitir ninguna de las circunstancias que habian precedido ó seguido á su condenacion. No insistió mucho sobre aquella existencia honrosa y honrada que habia llevado despues de su evasion, ni sobre los deberes de jefe de familia, de esposo y padre, que habia tan dignamente cumplido. No hizo notar más que una sola circunstancia: la que le habia conducido á Manao para solicitar la revision de su proceso y procurar su rehabilitacion, y esto sin que nada le hubiera obligado á hacerlo.

El juez Jarriquez, prevenido por naturaleza contra todo acusado, no le interrumpió. Limitóse á cerrar ó á abrir sucesivamente los ojos, como un hombre que oye contar la misma historia por la centésima vez; y cuando Dacosta colocó sobre la mesa la Memoria que habia redactado, no hizo un ademan para tomarla.

—¿Habeis concluido?—le preguntó.

—Sí, señor.

—¿Y persistís en sostener que no habeis salido de Iquitos más que por venir á reclamar la revision de vuestro juicio?

—No he tenido otro motivo.

—¿Y con qué se prueba? ¿Con qué se prueba que sin la denuncia que ha producido vuestra prision os hubierais entregado?

—Con esta Memoria desde luégo.

—Esa Memoria se halla en vuestras manos, y nada atestigua que, á no haber sido preso, hubierais hecho de ella el uso que decís.

—Hay, por lo ménos, señor, una pieza que no se halla en mis manos y cuya autenticidad no puede ponerse en duda.

—¿Cuál?

—La carta que escribí á vuestro predecesor el juez Ribeiro; carta en que le anunciaba mi próxima llegada.

—¡Ah!..... ¿vos habeis escrito?

—Sí; y esta carta, que debe haber llegado á su destino, no puede tardar en seros entregada.

—Verdaderamente—respondió el juez Jarriquez con un tono algun tanto incrédulo—¿vos habeis escrito al juez Ribeiro?

—Antes de ser juez de esta provincia—respondió Dacosta—Ribeiro era abogado en Villa-Rica. Él fué quien me defendió en el proceso criminal de Tijuco, y no dudaba de la bondad de mi causa. Él hizo cuanto pudo por salvarme. Veinte años despues, cuando fué nombrado jefe de la justicia en Manao, le hice saber que yo existia, en dónde estaba y lo que queria emprender. Su conviccion acerca de mí no habia cambiado, y por consejo suyo fué por lo que yo dejé la hacienda para venir en persona á pretender mi rehabilitacion. Pero la muerte inopinadamente le ha herido, y quizá, estoy perdido si en el juez Jarriquez no encuentro al juez Ribeiro.

El magistrado, tan directamente interpelado, estuvo á punto de saltar, con menoscabo de todas las costumbres de la magistratura.

Pero logró contenerse y se limitó á pronunciar estas palabras:

—¡Muy extraño, en verdad, muy extraño!

El juez Jarriquez tenía con seguridad un corazon de piedra y se hallaba al abrigo de toda sorpresa.

En aquel instante, un guardia entró en la sala y entregó un pliego cerrado con sobre al magistrado.

Éste rompió el sello, y sacó del sobre una carta, que leyó, con cierta contraccion de cejas, diciendo:

—Juan Dacosta, no hay motivo para ocultaros que aquí está la carta, dirigida por vos al juez Ribeiro, de que habeis hablado y que acaba de serme comunicada. No hay, pues, razon para dudar de lo que habeis dicho respecto á esto.

—Lo mismo respecto á esto—contestó Dacosta—que respecto á todas las circunstancias de mi vida que os he dado á conocer, y de las cuales no es permitido dudar.

—Y bien, Juan Dacosta—respondió vivamente el juez Jarriquez—protestais de vuestra inocencia; pero todos los acusados hacen otro tanto. Despues de todo, no aducís más que presunciones morales. ¿Teneis al presente alguna prueba material?

—Tal vez, señor!—respondió Juan Dacosta.

Al oir estas palabras, el juez Jarriquez se levantó de su asiento. Aquello era más fuerte que él, y tuvo que dar dos ó tres vueltas por la sala para serenarse.

V.

PRUEBAS MATERIALES.

Cuando el magistrado volvió á ocupar su sitio, como hombre que creia haber tornado á hacerse completamente dueño de sí mismo, se arrellanó en su sillon, con la cabeza levantada, los ojos fijos en el techo, y con el tono de la más completa indiferencia y casi sin mirar al acusado, le dijo:

—¡Hablad!

Dacosta se detuvo á reflexionar un momento, como si tuviese necesidad de coordinar sus ideas, y respondió en estos términos:

—Hasta aquí, señor, yo no os he dado de mi inocencia más que presunciones morales, basadas sobre la dignidad, la conformidad y la honradez de toda mi vida. Yo habia creido que estas pruebas eran las más dignas de presentarse á la justicia.

El juez Jarriquez no pudo contener un movimiento de hombros, indicando que no era tal su parecer.

—Puesto que ellas no bastan, ved cuáles son las pruebas materiales que yo me encuentro quizá en disposicion de aducir—contestó Dacosta.—He dicho quizá, porque no sé todavía qué crédito debe dárselas. Así, señor, yo no he hablado de ellas ni á mi mujer ni á mis hijos, no queriendo darles una esperanza que podia ser engañosa.

—Al hecho—respondió el juez.

—Tengo motivos para creer, que mi prision, la víspera de la llegada de la jangada á Manao, ha sido producida por una denuncia dirigida al jefe de policía.

—No os habeis equivocado, Juan Dacosta, y debo deciros que esa denuncia es anónima.

—Poco importa, porque yo sé que sólo ha podido venir de un miserable llamado Torres.

—¿Y con qué derecho—preguntó el juez—tratais así á ese..... denunciador?

—¡Un miserable, sí, señor;—respondió vivamente Juan Dacosta.—Ese hombre, á quien yo habia hospitalariamente recogido, no iba á buscarme

más que para proponerme que le comprára su silencio, para proponerme una venta odiosa, que jamas me arrepentiré de haber rechazado, sean cuales fueren las consecuencias de su denuncia!

«¡Siempre el mismo sistema!—dijo el juez para sí...—Acusar á los demas para disculparse á sí propio.»

Pero no dejó de oir con una extrema atencion el relato que le hizo Dacosta de sus relaciones con el aventurero, hasta el momento en que Torres fué á decirle que le conocia y que estaba en disposicion de revelar el nombre del verdadero autor del crímen de Tijuco.

—¿Y cuál es el nombre del culpable?...—preguntó el juez, conmovido en medio de su indiferencia.

—Lo ignoro...—respondió Dacosta.—Torres se ha guardado muy bien de nombrarle.

—Y ese culpable, ¿vive?

—¡Ha muerto!

Los dedos del juez Jarriquez tamborilearon más rápidamente, no pudo contenerse y dijo:

—¡El hombre que puede suministrar la prueba de la inocencia de un acusado, siempre ha muerto!

—Si el verdadero culpable ha muerto, señor, Torres al ménos vive, y me ha asegurado que tiene en su poder la prueba escrita de mano del autor del crímen, y me ha ofrecido venderla.

—¡Y bien, Juan Dacosta—respondió el juez—no hubiera sido muy cara aunque la pagarais con toda vuestra fortuna!

—¡Si Torres no me pidiera más que mi fortuna, yo se le habria abandonado, sin que ninguno de los mios lo hubiera resistido! Sí, teneis razon, señor... Nunca se paga demasiado caro el rescate del honor. Pero ese miserable, creyendo tenerme á su disposicion, exigia más que mi fortuna.

—¿Qué era, pues?

—La mano de mi hija, que debia ser el precio de esa venta..... Yo lo he rehusado, él me denunció, y hé aquí por qué estoy ahora delante de vos.

—Y si Torres no os hubiera denunciado—preguntó el juez;—si no se hubiese atravesado en vuestro camino, ¿qué hubierais hecho al saber, á vuestra llegada aquí, la muerte del juez Ribeiro? ¿Habriais venido á entregaros á la justicia?

—Sin vacilacion ninguna, señor—respondió Dacosta con voz segura;—porque, os lo repito, yo no tenía otro fin al salir de Iquitos para venir á Manao.

Fué dicho esto con tal acento de verdad, que el juez Jarriquez sintió penetrar una especie de emocion en ese sitio del corazon donde se forman las convicciones; pero no se rindió todavía.

Esto no debe admirar. Magistrado, procediendo á aquel interrogatorio, no sabía nada de lo que saben los que han seguido á Torres desde el principio de esta narracion. Éstos ya no pueden dudar que Torres tenía en su poder la prueba matérial de la inocencia de Juan Dacosta. Ellos tienen la certidumbre que el documento existe y que contiene aquel testimonio, y acaso pensarán que el juez Jarriquez daba muestras de una desapiadada incredulidad. Mas los que crean esto, deben pensar que el juez no estaba en su situacion, que estaba acostumbrado á esas invariables protestas de los acusados que la justicia le enviaba; que el documento invocado por Dacosta no se le presentaba, y no sabía tampoco si realmente existia, y, por último, tenía delante un hombre cuya culpabilidad tenía para él la autoridad de cosa juzgada.

Sin embargo, quiso, tal vez por mera curiosidad, atacar á Dacosta hasta en sus últimos atrincheramientos.

—¿De modo—le dijo—que toda vuestra esperanza estriba, al presente, en la declaracion que os ha hecho ese Torres?

—Sí, señor—respondió Dacosta;—si mi vida entera no aboga por mí.

—¿Dónde creeis que se halle Torres actualmente?

—Creo que debe estar en Manao.

—¿Y esperais que él hablará, y que consentirá en entregaros buenamente ese documento que habeis rehusado pagarle al precio que exigia?

—Lo espero, señor—respondió Dacosta.—La situacion al presente no es la misma para Torres. Él me ha denunciado, y por consecuencia no debe tener ninguna esperanza de volver á proponer su venta con las condiciones con que pretendia hacerla. Pero ese documento le puede aún valer una fortuna, que yo, salga bien ó sea condenado, no le negaré nunca. Supuesto que tiene interes en venderme ese documento, sin que á él pueda perjudicarle en ninguna ocasion, pienso que obrará con arreglo á su interes.

El razonamiento de Dacosta no tenía réplica. El juez lo comprendió así y no le hizo más que la única objecion posible.

—Sea....—le dijo.—El interes de Torres es, sin duda, venderos ese documento..... si el documento existe.

—Y si no existe, señor—contesta Dacosta con una voz penetrante—no tendré más remedio que entregarme á la justicia de los hombres, esperando en la justicia de Dios.

A estas palabras el juez Jarriquez se levantó, y con un tono ménos indiferente esta vez, le dijo:

—Juan Dacosta, al interrogaros aquí, al dejaros contar todas las particularidades de vuestra vida y protestas de inocencia, he ido más allá de lo que permitia mi obligacion. Ya se halla hecha una informacion sobre este asunto, y habeis comparecido ante el Jurado de Villa-Rica, cuyo veredicto ha sido pronunciado por unanimidad de votos, sin admision de circunstancias atenuantes. Habeis sido condenado por instigacion y complicidad en el asesinato de los soldados y el robo de los diamantes de Tijuco. La pena capital ha sido

Recorrieron la ciudad.

pronunciada contra vos, y sólo por una evasion habeis podido escapar del suplicio. Pero que hayais venido ó no á entregaros á la justicia despues de veintitres años, no por eso estais ménos obligado. Por última vez, ¿confesais que sois Juan Dacosta, el condenado por el asunto del robo de los diamantes?

—Soy Juan Dacosta.

—¿Y estais dispuesto á firmar esta declaracion?

—Lo estoy.

Y con una mano que no temblaba, Juan Dacosta estampó su nombre al pié del proceso verbal y del informe que el juez Jarriquez habia mandado redactar á su escribano.

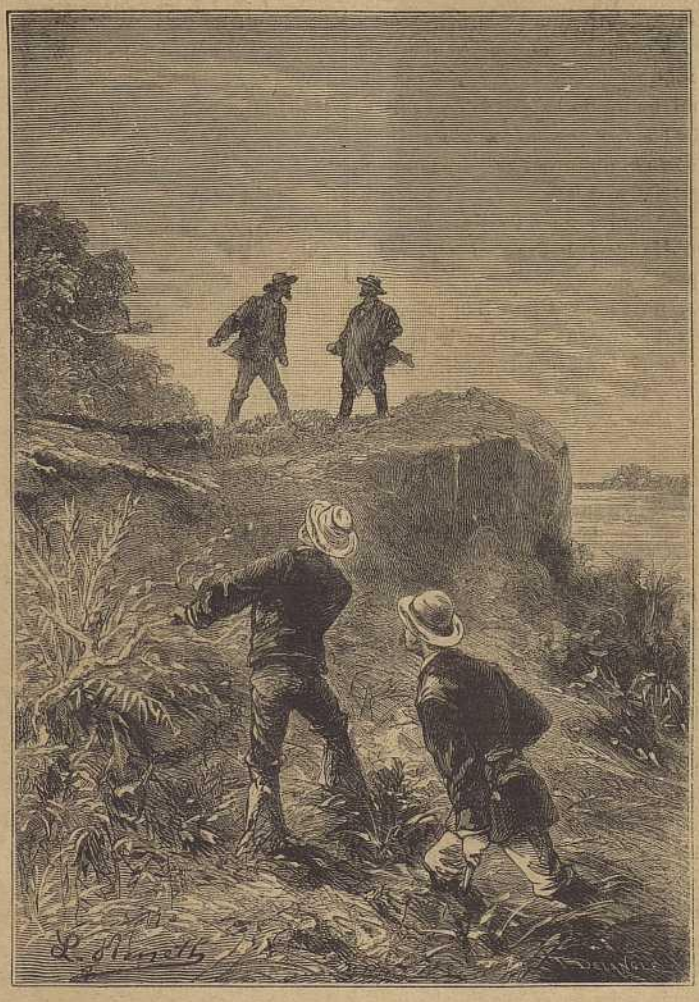
—El informe dirigido al ministerio de la justicia—dijo el magistrado—va á partir para Rio-Janeiro. Algunos dias pasarán hasta que recibamos la órden de hacer ejecutar la sentencia que os ha condenado. Sí, como decís, ese Torres posee la prueba de vuestra inocencia, ¡haced todo lo posible por vos mismo, por los vuestros, por todo el mundo, para que la presente en tiempo oportuno!..... Llegada la órden, ninguna próroga será posible y la justicia seguirá su curso.

Dacosta se inclinó.

—¿Me será permitido ver ahora á mi esposa y á mis hijos?—preguntó.

—Desde hoy, si quereis—respondió el juez;—no os hallais incomunicado y se les permitirá entrar en cuanto se presenten.

El magistrado tocó la campanilla. Los guardias entraron en la sala y se llevaron á Juan Dacosta.



Eran Torres y Benito.

El juez al verle partir, dijo meneando la cabeza:

—¡Eh!..... ¡eh!..... esto es verdaderamente muy extraño..... y ¡jamas lo hubiera creido!

VI.

EL ÚLTIMO GOLPE.

Miéntras que Juan Dacosta sufria aquel interrogatorio, Yaquita, á consecuencia de los pasos dados por Manuel, sabía que ella y sus hijos podian ver al preso aquel mismo dia á las cuatro de la tarde.

Desde la víspera, Yaquita no habia salido de su habitacion. Minha y Lina estaban á su lado esperando el momento en que la fuera permitido ir á ver á su marido. En Yaquita Garral ó Yaquita Dacosta encontraria él la mujer adicta, la valerosa compañera de toda su vida.

Serian las once de la mañana de aquel dia, cuando Benito se reunió á Manuel y Fragoso, que hablaban en la parte delantera de la jangada.

—Manuel, vengo á pedirte un favor.

—¿Cuál?

—Y á vos tambien, Fragoso.

—Estoy á vuestras órdenes, señor Benito, respondió el barbero.

—¿De qué se trata?—preguntó Manuel—observando á su amigo, cuya actitud era la de un hombre que ha tomado una resolucion inalterable.

—Vosotros creeis siempre en la inocencia de mi padre, ¿no es esto?—dijo Benito.

—¡Ah!—exclamó Fragoso—ántes creeria que he sido yo quien ha cometido el delito.

—Pues bien, es necesario hoy mismo poner en práctica el proyecto que concebí ayer.

—¿Buscar á Torres?—preguntó Manuel.

—Sí, y saber de él cómo ha descubierto el retiro de mi padre. ¿Le ha conocido ántes? No puedo creerlo, porque mi padre no ha salido de Iquitos hace más de veinte años, y ¡ese miserable apénas tiene treinta!..... Pero el dia no se acabará sin que yo lo sepa, ó desgraciado de Torres.

La resolucion de Benito no admitia ninguna discusion. Así, ni Manuel ni Fragoso pensaron disuadirle de su proyecto.

—Yo os ruego, pues—continuó Benito—que me acompañeis los dos..... Vamos á partir al instante. No hay que aguardar á que Torres haya salido de Manao. Él no tiene al presente más recurso que vender su silencio, y puede que conciba esta idea. ¡Partamos!

Los tres desembarcaron en el promontorio de Rio-Negro y se encaminaron hácia la ciudad.

Manao no era tan grande que no pudiera registrarse en pocas horas. Se iria de casa en casa, si era preciso, para buscar á Torres; pero valia más dirigirse á los dueños de las posadas y tiendas donde el aventurero hubiera podido refugiarse. Sin duda alguna, el antiguo capitan de bosques no habria dado su nombre; pues quizás tenía razones personales para evitar toda relacion con la justicia. Con todo, si él no habia salido de Manao, era imposible que escapase á las investigaciones de los jóvenes. En todo caso, no era cuestion de dirigirse á la policía, por ser muy probable, como efectivamente lo era, segun se sabe, que su denuncia habia sido anónima.

Durante una hora, Benito, Manuel y Fragoso recorrieron las calles principales de la ciudad, preguntando á los comerciantes en sus tiendas, y á los taberneros en sus casillas, y hasta á los mismos transeuntes, sin que nadie hubiese visto al individuo cuyas señas daban con extremada exactitud.

¿Habria salido Torres de Manao? ¿Debia perderse toda esperanza de encontrarle?

Manuel procuraba en vano calmar á Benito, cuya cabeza ardia. Costase lo que costase, debia encontrarse á Torres.

La casualidad vino á servirle, y Fragoso fué quien se puso sobre la pista verdadera.

En una posada de la calle de Dios Espíritu-Santo se le dijo, en vista de las señas que daba del aventurero, que el individuo en cuestion habia parado la víspera en aquella casa.

—¿Ha dormido en la posada?—preguntó Fragoso.

—Sí—le contestó el posadero.

—¿Y se halla ahora aquí?

—No; ha salido.

—Pero, ¿ha satisfecho su cuenta, como si estuviera dispuesto á marchar?

—De ninguna manera. Ha salido de su aposento hace una hora, y volverá sin duda para cenar.

—¿Sabeis qué camino ha tomado al salir?

—Se le ha visto dirigirse hácia el Amazonas, por la parte baja de la poblacion, y es probable que se encuentre por ese lado.

Fragoso no tenía que preguntar más. Algunos momentos despues, volvia á unirse con los dos jóvenes y les decia:

—Ya tengo la pista de Torres.

—¿Está aquí?—exclamó Benito.

—No, acaba de salir, y se le ha visto dirigirse por medio del campo, hácia el lado del Amazonas.

—¡Marchemos!—dijo Benito.

Debiendo bajar hácia el rio, el camino más corto era tomar la orilla izquierda del rio Negro hasta su embocadura.

Benito y sus compañeros dejaron bien pronto atras las últimas casas de la ciudad, y siguieron el promontorio, pero dando un rodeo para no pasar á la vista de la jangada.

La llanura estaba desierta á aquella hora, y la vista podia extenderse á larga distancia á traves de aquella campiña, donde los campos cultivados habian reemplazado á los antiguos bosques.

Benito no hablaba, porque no hubiera podido pronunciar una sola palabra. Manuel y Fragoso respetaban aquel silencio. Así iban los tres, mirando y recorriendo aquel espacio desde la orilla del rio Negro hasta la del Amazonas. Tres horas despues de su salida de Manao, áun no habian visto nada.

Una ó dos veces encontraron indios que trabajaban en el campo. Manuel les preguntó, y al fin por uno de ellos supo que un hombre parecido al que se designaba acababa de pasar dirigiéndose hácia el ángulo formado por la confluencia de las dos corrientes.

Sin preguntar más, Benito, por un movimiento irresistible, se echa adelante, y sus dos campañeros tuvieron que darse bastante priesa á fin de no dejar que se les adelantára.

La orilla izquierda del Amazonas aparecia entónces á ménos de un cuarto de milla. Una especie de acantilado se designaba cerrando una parte del horizonte, y limitaba el alcance de la vista en un radio de algunos cientos de pasos.

Benito, precipitando su carrera, desapareció muy pronto detras de uno de aquellos cerrillos areniscos.

—¡Más ligeros, más ligeros!—dijo Manuel á Fragoso.—¡No hay que dejarle solo un solo instante!

Y los dos se lanzaron en aquella direccion, cuando se dejó oir un grito.

¿Benito habia visto á Torres?..... ¿Este se habia descubierto á él?..... ¿Benito y Torres estaban ya juntos?

A unos cincuenta pasos más allá, y habiendo

doblado rápidamente una de las puntas del promontorio, Manuel y Fragoso vieron dos hombres parados uno frente de otro.

Eran Torres y Benito.

En un momento, Manuel y Fragoso se encontraron á su lado.

Pudiera creerse que, en el estado de exaltacion en que se hallaba Benito, no hubiera podido contenerse en el momento que se encontró en presencia del aventurero.

Pero no fué así.

En cuanto el jóven se vió delante de Torres, y cuando tuvo la seguridad de que no podia escapársele, un cambio repentino se verificó en su actitud; su pecho se serenó, y volvió á encontrar su sangre fria y á hacerse dueño de sí mismo.

Aquellos dos hombres estuvieron algunos momentos contemplándose, sin pronunciar una palabra.

Torres fué el primero que rompió el silencio, con aquel tono de avilantez que le era peculiar.

—¡Ah!—dijo—¡es el señor Benito Garral!

—¡No!.... ¡Benito Dacosta!—respondió el jóven.

—En efecto—replicó Torres—el señor Benito Dacosta, acompañado del señor Manuel y de mi amigo Fragoso.

Al oir este calificativo ultrajante que le daba el aventurero, Fragoso iba á arrojarse sobre él, dispuesto á maltratarle, cuando Benito, impasible siempre, le detuvo.

—¿Qué vais á hacer, valiente?—dijo Torres, retrocediendo algunos pasos.—Creo que haréis muy bien de guardaros de mí.

Y hablando así, sacó de su poncho un machete, esa arma, á la vez ofensiva y defensiva, que siempre lleva un brasileño. Despues, medio encorbado, esperó la agresion á pié firme.

—Torres, yo he venido á buscaros—dijo entónces Benito, que no se habia movido ante aquella actitud provocativa.

—¿A buscarme?.....—replicó el aventurero.—¡No soy difícil de encontrar!.... ¿Y por qué me buscais?

—A fin de saber de vos lo que parece sabeis del pasado de mi padre.

—¿De verdad?

—¡Sí!..... ¿yo espero me digais cómo le habeis conocido, por qué rondabais nuestra hacienda de los bosques de Iquitos, y por qué le esperabais en Tabatinga?

—Pues bien, nada me parece más claro—dijo riendo.—Yo le esperaba para embarcarme en su jangada, y me embarqué con la intencion de hacerle una proposicion bien sencilla, que quizá ha hecho mal en rechazar.

A estas palabras, Manuel no pudo contenerse; con el rostro pálido y los ojos brotando fuego, se dirigió hácia Torres.

Benito, queriendo apurar todos los medios de conciliacion, se interpuso entre el aventurero y él.

—Contente, Manuel—le dijo.—Yo tambien me contengo.

Despues, volviendo á tomar la palabra, dijo á Torres.

—En efecto, Torres; yo sé cuales son los motivos que os hicieron tomar pasaje en la jangada. Poseedor de un secreto que os ha sido entregado, sin duda, habeis querido hacerle objeto de negocio; pero esto no es de lo que al presente se trata.

—¿Pues de qué?

—Yo quiero saber cómo habeis podido reconocer á Juan Dacosta en el hacendado de Iquitos.

—¿Cómo he podido reconocerle?—respondió Torres.—Esos son negocios mios y no tengo necesidad de referirlo. Lo principal es que yo no me he equivocado al denunciar en él al verdadero autor del crímen de Tijuco.

—¡Vos me lo diréis!—exclamó Benito, que empezaba á perder la paciencia.

—¡Yo no diré nada!—respondió Torres.—¡Juan Dacosta ha rechazado mis proposiciones!..... ¡Ha rehusado admitirme en su familia!..... ¡Pues bien; ahora que su secreto es conocido y que se halla preso, yo soy el que rehusará entrar en ella, en la familia de un ladron, de un asesino, de un condenado, á quien espera el cadalso!

—¡Miserable!.....—gritó Benito, que á su vez sacó un machete de su cinturon y se colocó en actitud ofensiva.

Manuel y Fragoso, por un movimiento idéntico, se hallaron tambien rápidamente armados.

—¡Tres contra uno!—dijo Torres.

—¡No!..... ¡Uno contra uno!.....—contestó Benito.

—¡Verdaderamente, no habria que extrañar un asesinato por parte del hijo de un asesino!

—¡Torres!.....—exclamó Benito.—Defiéndete ó te mato como á un perro rabioso.

—¡Rabioso..... sea!..... pero muerdo, Benito Dacosta, y ¡cuidado con mis mordeduras!

Y despues, volviendo á tomar su machete, se puso en guardia, pronto á lanzarse sobre su adversario.

Benito retrocedió algunos pasos.

—Torres—le dijo, volviendo á recobrar la sangre fria que habia perdido por un momento—habeis sido el huésped de mi padre, le habeis amenazado, le habeis hecho traicion, le habeis denunciado, habeis acusado á un inocente, y con la ayuda de Dios voy á mataros.

La más insolente sonrisa se dibujó en los labios de Torres. Quizá el miserable tenía en aquel momento la idea de no empeñar un combate con Benito, y lo podia hacer. En efecto, comprendia que Juan Dacosta no habia dicho nada de aquel documento que encerraba la prueba material de su inocencia.

Pues revelando á Benito que él poseia aquella prueba, le hubiera desarmado en el instante. Pero ademas de que queria sin duda, aguardar al último

¡Miserable! — gritó Benito.

momento para sacar mejor partido de aquel documento, el recuerdo de las insultantes palabras del jóven, y la rabia que profesaba á todos los suyos, le hicieron olvidarse hasta de su propio interes.

Por otra parte, hallábase muy acostumbrado al manejo del machete, del que frecuentemente habia tenido ocasion de servirse. El aventurero era robusto, ágil y diestro. Contra un adversario, de veinte años apénas, que no podia tener ni su fuerza ni su acierto, las ventajas estaban de parte suya.

Tambien Manuel, por un último esfuerzo, quiso insistir en batirse en lugar de Benito.

—No, Manuel—respondió friamente el jóven. —Á mí solo me corresponde vengar á mi padre, y como todo debe hacerse aquí en regla, tú serás mi testigo.

—¡Benito!

—En cuanto á vos, Fragoso, no me rehusaréis, si yo os lo ruego, servir de testigo á este hombre

—Sea — contestó Fragoso—aunque no hay en esto ningun honor. Yo —añadió —sin gastar tantas ceremonias, le hubiera matado como á una bestia salvaje.

El sitio donde debia verificarse el combate era un promontorio plano, de cerca de cuarenta pasos de ancho, y que dominaba al Amazonas con una altura como de quince piés. Hallábase cortado á pico, y por consiguiente muy expuesto; en su parte inferior el rio se deslizaba lentamente, bañando los haces de caña que erizaban su base.

Sus manos se asieron convulsivamente á un haz de cañas.

No habia, pues, más que en un poco de márgen en la parte ancha de este promontorio, y aquel de los dos adversarios que cediera, sería bien pronto lanzado al abismo.

Dada la señal por Manuel, Torres y Benito marcharon uno contra otro.

Benito estaba completamente sereno. Defensor de una santa causa, su sangre fria le daba mucha ventaja sobre Torres, cuya conciencia, por más insensible y más endurecida que estuviese, debia en aquel momento turbar su vista.

Cuando los dos se encontraron, el primer golpe fué tirado por Benito.

Torres le paró.

Los dos adversarios retrocedieron entónces; pero casi al mismo tiempo volvieron el uno sobre el otro, asiéndose con la mano izquierda de un hombro..... No debian ya soltarse.

Torres, más vigoroso, tiró lateralmente un machetazo, que Benito no pudo parar, y que tocó su costado derecho, tiñendo de sangre la tela de su poncho. Mas reparóse con viveza, é hirió á Torres ligeramente en la mano.

Varios golpes se cambiaron entónces, sin ser ninguno decisivo. La mirada de Benito, siempre tranquila, se clavaba en los ojos de Torres como una hoja de acero que se introduce hasta el corazon. Visiblemente, el miserable empezaba á desconcertarse. Retrocedió, pues, poco á poco, acosado por aquel implacable justiciero, que estaba más decidido á tomar la vida del delator de su padre que á defender la suya propia. Herir era todo lo

que queria Benito, cuando el otro no procuraba ya más que parar sus golpes.

Pronto Torres se vió acorralado en la misma orilla del promontorio que se inclinaba sobre el rio. Comprendiendo el peligro, quiso volver á tomar la ofensiva y recobrar el terreno perdido..... Su turbacion se aumentaba; su mirada lívida se apagaba bajo sus párpados..... Iba, en fin, á sucumbir bajo los brazos que le amenazaban.

—¡Muere, pues!.....—gritó Benito.

Y le dió un golpe en medio del pecho; pero la punta del machete se embotó en un cuerpo duro oculto bajo el poncho de Torres.

Benito redobló su ataque. Torres, cuya contestacion á la acometida no habia tocado á su adversario, se conceptuó perdido. Todavía se vió precisado á retroceder. Entónces quiso gritar..... gritar, diciendo que la vida de Juan Dacosta dependia de la suya..... Pero no tuvo tiempo.

Un segundo golpe del machete llegó esta vez hasta el corazon del aventurero. Cayó hácia atras, faltándole inmediatamente el suelo y precipitándose fuera del promontorio.

Por última vez sus manos se asieron convulsivamente á un haz de cañas, que no pudieron sostenerle, y desapareció bajo las aguas del rio.

Benito estaba apoyado en el hombro de Manuel, y Fragoso le estrechaba las manos; pero él no queria dar á sus compañeros tiempo para curar su herida, que era bastante ligera.

—¡Á la jangada.....—dijo,—á la jangada!

Manuel y Fragoso, poseidos por una emocion profunda, le siguieron sin añadir una palabra.

Un cuarto de hora despues llegaron los tres al promontorio donde estaba amarrada la jangada. Benito y Manuel se precipitaron en la habitacion de Yaquita y de Minha, y entre los dos las pusieron al corriente de lo que acababa de suceder.

—¡Hijo mio! ¡Hermano mio!.....

Estos dos gritos se oyeron á la vez.

—¡Á la cárcel!.....—dijo Benito.

—Sí....., vamos, respondió Yaquita.

Benito, acompañado de Manuel, se llevó á su madre. Los tres desembarcaron, dirigiéndose hácia Manao, y media hora despues llegaron delante de la cárcel de la ciudad.

En virtud de la órden que préviamente habia dado el juez Jarriquez, se les introdujo al instante, siendo conducidos al cuarto que ocupaba el preso.

La puerta se abrió.

Juan Dacosta vió entrar á su mujer, á su hijo y á Manuel.

—¡Ah!..... ¡Juan, Juan mio!.....—exclamó Yaquita.

—¡Yaquita!..... ¡Mi esposa!..... ¡Mis hijos!—contestó el preso, abriendo los brazos y estrechándoles contra su corazon.

—¡Juan mio, inocente!

—¡Inocente y vengado!.....—gritó Benito.

—¡Vengado!..... ¿Qué quieres decir?

—Torres ha muerto, padre mio, y muerto por mi mano.

—¡Muerto..... Torres!..... ¡Muerto!..... ¡Ah..... hijo mio!..... ¡Tú me has perdido!

VII.

RESOLUCIONES.

Algunas horas despues, toda la familia, de regreso en la jangada, se hallaba reunida en la sala comun. Todos estaban allí, ménos aquel justo, que acababa de herir el último golpe.

Benito, aterrado, se acusaba de haber perdido á su padre. Sin los ruegos de Yaquita, de su hermana, del padre Pasanha y de Manuel, el desgraciado jóven quizá se hubiera arrojado en los primeros momentos de su desesperacion á cometer un atentado consigo mismo. Pero no se le habia perdido de vista, ni se le habia dejado solo. Y, sin embargo, ¿qué conducta más noble que la suya?..... ¿No era una justa venganza la que habia ejercido contra el delator de su padre?

¡Ah!..... ¿Por qué Juan Dacosta no lo habia dicho todo ántes de salir de la jangada? ¿Por qué habia querido reservar sólo para el juez el hablar de aquella prueba material de su inculpabilidad?..... ¿Por qué, en su conferencia con Manuel, despues de la expulsion de Torres, se habia callado acerca de aquel documento que el aventurero decia poseer? Pero, despues de todo, ¿qué fe debia darse á lo que decia Torres? ¿Podia haber una seguridad de que semejante documento se encontrase en poder de aquel miserable?

Pero, como quiera que fuere, la familia lo sabía todo entónces, y por boca misma de Juan Dacosta. Sabía que, segun el dicho de Torres, existia realmente la prueba de la inocencia del condenado de Tijuco; que aquel documento habia sido escrito por la propia mano del autor del atentado; que este criminal, presa de los remordimientos en la hora de la muerte, se la habia entregado á su compañero Torres, y que éste, en vez de cumplir la voluntad del moribundo, habia querido hacer dela entrega de dicho documento un objeto de negocio.... Pero tambien sabía que Torres acababa de sucumbir en el desafío; que su cuerpo estaba sumergido en las aguas del Amazonas, y que tambien habia muerto sin pronunciar el nombre del verdadero culpable.

Á ménos de no ocurrir un milagro, Dacosta, al presente, debia considerarse como irremisiblemente perdido. La muerte del juez Ribeiro por una parte; la de Torres por otra, eran un doble golpe de que no se podia reparar.

Hay tambien que advertir aquí que la opinion pública en Manao, injustamente apasionada, como siempre, estaba toda en contra del preso. El arresto inesperado de Dacosta traia á la memoria

aquel horrible atentado de Tijuco, olvidado al cabo de veintitres años. El proceso del jóven empleado del distrito diamantino, su condenacion á la pena capital, y su fuga algunas horas ántes de ejecutarse la sentencia, todo fué, pues, vuelto á sacar á luz, escudriñado, comentado. Un artículo que acababa de publicar *O Diario d' o Gran Para*, el periódico de más circulacion en aquella region, era abiertamente hostil al preso. ¿Por qué habian de creer en la inocencia los que ignoraban todo lo que sabian los suyos, los que eran los únicos en saberlo?

Tambien la poblacion de Manao se sobreexcitó instantáneamente. La turba de indios y de negros, desatinadamente cegada, no tardó en afluir al rededor de la cárcel, lanzando gritos de muerte. En aquel país de las dos Américas, donde es muy frecuente ver aplicar las odiosas ejecuciones de la ley de Lynch, la multitud estaba pronta á entregarse á sus instintos crueles, y podia temerse que en aquella ocasion quisiera hacer justicia por su propia mano.

¡Qué noche tan triste para los viajeros de la hacienda! ¡Amos y criados habian sido heridos por aquel golpe! El personal de la granja, ¿no constituia una misma familia? Todos, por otra parte, querian velar por la seguridad de Yaquita y de los suyos. En la orilla del rio Negro habia una incensante ida y venida de indígenas, evidentemente sobreexcitados por la prision de Juan Dacosta, y ¡quién sabe á qué excesos podrian entregarse aquellas gentes medio bárbaras!

La noche se pasó, sin embargo, sin que se hiciera ninguna demostracion contra la jangada.

En la mañana del 26 de Agosto, desde el amanecer, Manuel y Fragoso, que no habian dejado á Benito un momento, durante aquella noche de angustias, procuraron sacarle de su desesperacion. Llevándole aparte, le hicieron comprender que no habia un momento que perder y que era preciso decidirse á obrar.

—Benito—le dijo Manuel—vuelve á tomar posesion de tí mismo..... ¡Vuelve á ser un hombre!..... ¡Vuelve á ser un hijo!

—¡Padre mio!.....—exclamó Benito—¡yo le he matado!

—No—respondió Manuel—y con la ayuda de Dios, ¡es muy posible que no esté todo perdido!

—Escuchadnos, señor Benito—dijo Fragoso.

El jóven, pasándose la mano por los ojos, hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo.

—Benito—repuso Manuel—Torres nunca á dicho nada que nos pudiera colocar sobre el rastro de su pasado. No podemos saber, por lo tanto, quién es el verdadero autor del crímen de Tijuco, ni con qué circunstancias fué cometido. Buscar por esta parte sería perder nuestro tiempo.

—Y el tiempo nos apremia—añadió Fragoso.

—Por otra parte—continuó Manuel—aunque tambien llegásemos á descubrir quién era el compañero de Torres, ha muerto y no puede testificar de la inocencia de Dacosta. Pero no es ménos cierto que la prueba de esta inocencia existe, y no puede dudarse de la existencia del documento, puesto que Torres trataba de hacerle objeto de una venta. Él propio lo ha dicho. Ese documento es una confesion escrita de mano del culpable, que refiere el atentado hasta en sus más pequeños detalles, y que rehabilita á nuestro padre..... ¡Sí, cien veces sí!..... ¡Ese documento existe!

—Pero Torres ya no vive—exclamó Benito—y ¡ese documento ha perecido con el miserable!

—Oyeme, y no desesperes todavía—prosiguió Manuel.—¿Tú recuerdas en qué circunstancias conocimos á Torres? Fué en medio de los bosques de Iquitos. Perseguia á un mono que le habia quitado una caja de metal, que deseaba recuperar con ánsia, y la persecucion duraba ya dos horas cuando el mono cayó bajo nuestras balas. Y bien, ¿tú puedes creer que fuese sólo por algunas monedas de oro encerradas en aquella caja por lo que Torres habia puesto tal empeño en recobrarla; y no recuerdas la extraordinaria satisfaccion que manifestó cuando le entregaste la caja arrancada de la mano del mono?

—Sí, sí—contestó Benito.—¡Aquella caja que yo he tenido, y que yo le he dado!..... Encerraria quizá el.....

—¡Hay más que una probabilidad!..... ¡hay una certidumbre!—respondió Manuel.

—Y yo añado esto—dijo Fragoso—por un hecho que viene ahora á mi memoria. Durante la visita que hicisteis á Ega, yo me quedé á bordo, aconsejado por Lina, á fin de vigilar á Torres; y yo le ví..... sí..... yo le ví leer y releer un papel viejo amarillento, murmurando palabras que yo no podia comprender.

—¡Ese era el documento!—gritó Benito, que se entregó á esta esperanza, la única que le quedaba.—Pero ¿ese documento no lo habrá depositado en lugar seguro?

—No—respondió Manuel,—no....Tenía demasiado valor para que Torres pensára separarse de él. Debia llevarle siempre consigo, y ¡sin duda en aquella cajita!....

—¡Espera..... espera..... Manuel!.....—dijo Benito.—Yo recuerdo..... sí, yo recuerdo que al primer golpe que, durante el duelo, dí á Torres en medio del pecho, mi machete chocó contra un cuerpo duro, parecido á una placa de metal, que tenía bajo el poncho.

—¡Era la caja!—gritó Fragoso.

—Sí—respondió Manuel.—¡No cabe duda! aquella caja estaba en un bolsillo de su chaqueta.

—Pero ¿el cadáver de Torres?.....

—Nosotros le encontrarémos.

—Mas..... ¡aquel papel!..... ¡el agua lo habrá atacado, quizá destruido ó puéstole ilegible!

—¿Por qué—contestó Manuel;—si la caja de

Las cuatro embarcaciones se separaron de la jangada.

metal que lo contiene se halla herméticamente cerrada?

—Manuel—dijo Benito, que volvia á entregarse á aquella última esperanza—¡tienes razon; hay que encontrar el cadáver de Torres!..... Nosotros escudriñarémos, si es preciso, toda esa parte del rio; pero le encontrarémos.

Inmediatamente se llamó al piloto Araujo y se le enteró de lo que habia que ejecutar.

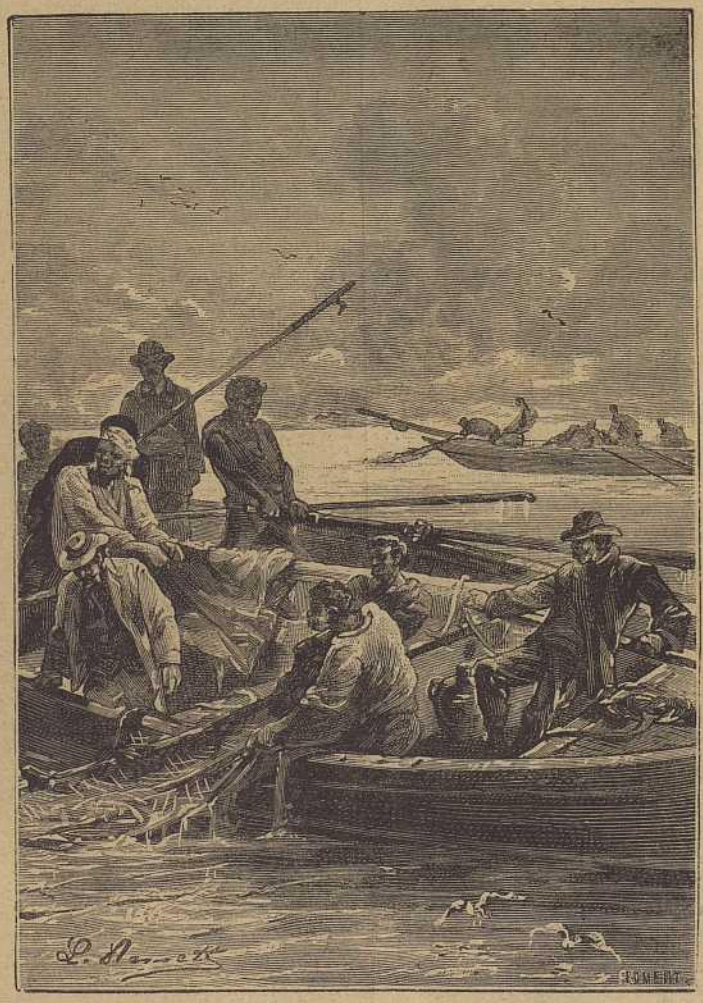
—Bien—contestó Araujo—conozco muy bien los remolinos, las ollas y las corrientes de las confluencias del rio Negro y del Amazonas, y podemos conseguir encontrar el cadáver de Torres. Tomemos las dos piraguas, las dos *ubas*, una docena de nuestros indios, y embarquémonos.

El padre Pasahna salia entónces de la habitacion de Yaquita. Benito se dirigió á él, dándole cuenta, en pocas palabras, de lo que intentaban hacer para lograr la posesion del documento.

—No digais nada aún á mi madre y á mi hermana—añadió.—Esta última esperanza, si fallase, las mataria.

—¡Vé, hijo mio, vé!—respondió el padre Pasanha—y ¡qué Dios os asista en vuestras investigaciones!

Cinco minutos despues, las cuatro embarcaciones se separaron de la jangada; despues de haber bajado por el rio Negro, llegaron junto al promontorio del Amazonas, al mismo sitio donde Torres, mortalmente herido, habia desaparecido entre las aguas del rio.



Durante este trabajo se experimentaron algunos instantes de emocion.

VIII.

PRIMERAS INVESTIGACIONES.

Las investigaciones debian ejecutarse sin demora, por dos poderosas razones.

La primera—cuestion de vida ó muerte—era que la prueba de la inocencia de Juan Dacosta importa a que se presentára ántes que llegase la órden de Rio Janeiro.

En efecto, aquella órden, verificada ya la identidad del condenado, no podia ser más que una órden de ejecucion.

La segunda, que no debia dejarse el cuerpo de Torres permanecer en las aguas sino el menor tiempo posible, á fin de encontrar intacta la cajita y su contenido.

Araujo probó en aquellas circunstancias, no sólo su celo y su inteligencia, sino tambien un perfecto conocimiento de la situacion del rio en su confluencia con el rio Negro.

—Si Torres—dijo á los jóvenes—ha sido desde luégo arrastrado por la corriente, es preciso dragar el rio en un espacio bastante largo; porque aguardar á que su cuerpo reaparezca en la superficie, por efecto de la descomposicion, es asunto de algunos dias.

—No podemos aguardar—respondió Manuel—y es preciso que hoy mismo hayamos logrado el objeto.

—Si por el contrario—repuso el piloto—el

cuerpo ha quedado enredado en las hierbas y las cañas de debajo del promontorio, no pasará una hora sin haberle encontrado.

—Manos á la obra, pues—dijo Benito.

No pudiendo maniobrar de otra manera, las embarcaciones se aproximaron al promontorio, y los indios, provistos de largos bicheros, principiaron á sondear todas las partes del rio, en direccion perpendicular de la orilla, cuya cima habia sido el lugar del desafío.

El sitio, por otra parte, fué reconocido fácilmente. Un rastro de sangre manchaba en declive la parte que bajaba perpendicularmente hasta la superficie del agua. Allí, numerosas gotas esparcidas sobre las cañas indicaban tambien el paraje en que habia desaparecido el cadáver.

A unos cincuenta piés hácia abajo se destacaba una punta de la ribera, que contenia las aguas inmóviles, en una especie de ella, como un ancho barreño. Ninguna corriente llegaba por allí al pié de la playa, y las cañas se mantenian en su posicion natural, con una rigidez absoluta. Podia esperarse que el cuerpo de Torres no hubiese sido arrastrado hasta pleno rio. Por otra parte, si el lecho del rio hubiera tenido el declive suficiente, todo lo más habria podido deslizarse algunas toesas del declive del promontorio, y allí no se notaba todavía el más pequeño hilo de corriente.

Las ubas y las piraguas se dividieron la tarea, limitando, pues, el campo de sus investigaciones al perímetro de los remolinos; y desde la circunferencia al centro los largos bicheros no dejaron ni un solo punto sin explorar.

Pero ningun sondaje dió por resultado encontrar el cuerpo del aventurero, ni entre la espesura de las cañas, ni en el fondo del lecho del rio, cuya inclinacion fué entónces estudiada con cuidado.

Dos horas despues de haber principiado el trabajo hubo que convenir en que el cuerpo, habiendo, sin duda, chocado contra la escarpa, debió caer oblicuamente y rodar fuera de los límites del remolino, donde empezaba á notarse la accion de la corriente.

—Aun no hay motivos para desesperar—dijo Manuel—y ménos áun de renunciar á nuestras investigaciones.

—¿Habrá, pues—exclamó Benito—qué escudriñar el rio en toda su anchura y en toda su longitud?

—En toda su anchura, tal vez—respondió Araujo.—En toda su longitud, felizmente no.

—¿Y por qué?—preguntó Manuel.

—Porque el Amazonas, á una milla más abajo de su confluencia con el rio Negro, forma un recodo muy pronunciado, al mismo tiempo que el fondo de su lecho se remonta bruscamente. Hay allí, pues, una especie de barra natural, bien conocida de los marineros con el nombre de barra de Frias, que sólo pueden franquear los objetos que flotan en su superficie. Pero si se trata de los que la corriente arrastra entre dos aguas, les es imposible pasar el declive de aquella depresion.

Se convendrá en que habia allí una feliz circunstancia, si Araujo no se equivocaba. Pero, en suma, era preciso confiar en aquel viejo práctico del Amazonas. Al cabo de treinta años que ejercia el oficio de piloto, el paso de la barra de Frias, donde la corriente se acentúa á causa de su estrechura, le habia dado bastantes malos ratos. Lo reducido del canal, y la altura del fondo, hacian muy difícil este paso, y más de un tren de maderas se habia encontrado en apuro.

Araujo, pues, tenía razon al decir que si el cuerpo de Torres se hallaba aún, sostenido por su peso específico, sobre el fondo arenoso del lecho del rio, no podia ser arrastrado á la parte de allá de la barra. Es verdad que luégo, cuando por consecuencia de la dilatacion de los gases subiera á la superficie, no cabia duda de que, siguiendo el hilo de la corriente, iria irremisiblemente á perderse rio abajo, fuera del paso. Pero este efecto, puramente físico, no se debia producir hasta pasar algunos dias.

No podia presentarse un hombre más hábil y que mejor conociera aquellos parajes que el piloto Araujo. Pero supuesto, que aseguraba que el cuerpo de Torres no podia haber sido arrastrado á la otra parte del estrecho canal, en el espacio de una milla todo lo más, escudriñando toda aquella porcion del rio, necesariamente se le debia encontrar.

Ninguna isla, por otra parte, ningun islote interrumpia en aquel sitio el curso del Amazonas. De aquí esta consecuencia: que cuando la base de los dos promontorios del rio hubiese sido visitada hasta la barra, en el mismo lecho del rio, ancho de quinientos piés, á donde sería forzoso practicar las más minuciosas investigaciones.

Así fué como se operó. Las dos embarcaciones, tomando la derecha y la izquierda del Amazonas, costearon los promontorios. Las cañas y las hierbas fueron registradas á golpe de bichero. Los más pequeños saledizos de las riberas, á los cuales pudiera haberse adherido un cuerpo, no se escaparon á las investigaciones de Araujo y de sus indios.

Pero todo aquel trabajo no produjo ningun resultado, y la mitad del dia habia trascurrido sin que el oculto cuerpo hubiera podido atraerse á la superficie del rio.

Concedióse á los indios una hora de descanso, durante el cual tomaron algun alimento, volviendo inmediatamente á la tarea.

Esta vez las cuatro embarcaciones, dirigidas por el piloto, Benito, Fragoso y Manuel, partieron en cuatro zonas todo el espacio comprendido entre la embocadura del rio Negro y la barra de Frias. Tratábase entónces de explorar el lecho del rio; pero, en ciertos sitios, la maniobra con los

bicheros no parecia ser suficiente para registrar el fondo. Por esta razon instalarónse á bordo una especie de dragas, ó más bien de rastrillos, hechos de piedras y de hierro viejo, encerrados en una red fuerte, y miéntras que los barcos estaban parados, en posicion perpendicular de las orillas, se sumergian estos rastrillos, que debian rasar el fondo en todas direcciones.

En tal difícil tarea fué en la que se ocuparon Benito y sus compañeros hasta la tarde. Las ubas y las piraguas, maniobrando con los remos, se pasearon por la superficie del rio en toda la cuenca que terminaba más abajo de la barra de Frias.

Durante este período del trabajo experimentáronse algunos instantes de emocion, cuando los los rastrillos, asiéndose á cualquier objeto del fondo, ofrecian resistencia. Entónces se les levantaba; pero en vez del cuerpo, con tanta ánsia buscado, no traian más que algunas pesadas piedras, ó manojos de hierbas que arrancaban de la corteza de arena.

Sin embargo, nadie pensaba en abandonar la exploracion emprendida. Todos se afanaban en aquella obra beneficiosa. Benito, Manuel y Araujo no tenian necesidad de excitar ni animar á los indios. Aquellas animosas gentes sabian que trabajaban por el hacendado de Iquitos, por el hombre á quien amaban, por el jefe de aquella gran familia donde con la misma igualdad estaban comprendidos todos, los amos y los servidores.

Sí; sin reparar en la fatiga, se pasaria, si era preciso, toda la noche sondeando el fondo de aquella cuenca. Todos sabian demasiado lo que valia cada minuto perdido.

No obstante, un poco ántes que el sol se ocultase, Araujo, creyendo inútil proseguir aquella operacion en la oscuridad, dió la señal de reunirse á las embarcaciones, que volvieron á la confluencia del rio Negro, para regresar á la jangada.

El trabajo, aunque tan hábil y miniciosamente ejecutado, no habia terminado.

Manuel y Fragoso, cuando volvian, no se atrevian á hablar delante de Benito del poco resultado obtenido. ¿No debian temer que el desaliento le condujese á algun acto de desesperacion?

Pero ni el valor ni la sangre fria debian abandonar al jóven. Estaba resuelto á ir hasta el fin de aquella lucha suprema por salvar el honor y la vida de su padre, y por esto, dirigiéndose á sus compañeros, les dijo:

—Mañana volverémos á empezar, y en mejores circunstancias, si es posible.

—Sí—respondió Manuel—tienes razon, Benito. No podemos tener la pretension de que hemos explorado completamente esta cuenca por bajo de las orillas y en toda la extension del fondo.

—No, no podemos—respondió Araujo;—y yo sostengo lo que he dicho: que el cuerpo de Torres está allí, y que está allí, porque no ha podido ser arrastrado, porque no ha podido pasar la barra de Frias, y porque son necesarios algunos dias para que suba á la superficie y pueda ser llevado rio abajo. Sí, allí está, y que jamas toquen mis labios una damajuana de tafia si yo no le encuentro.

Semejante afirmacion en la boca del piloto tenía mucho valor, y suficiente para dar esperanza.

Sin embargo, Benito, que no queria pagarse más de palabras, prefiriendo ver las cosas tales cuales eran, creyó deber contestar:

—Sí, Araujo; el cuerpo de Torres se halla aún en esta cuenca, y nosotros le encontrarémos, á ménos que.....

—¿Á ménos qué?.....—dijo el piloto.

—¡Á ménos que no haya sido pasto de los caimanes.

Manuel y Fragoso esperaban, no sin emocion, la respuesta que el piloto iba á dar.

—Señor Benito—dice al fin.—Yo no tengo costumbre de hablar á la ligera. Tambien he tenido el mismo pensamiento que vos; pero escuchad bien. Durante estas diez horas de investigaciones que han trascurrido, ¿habeis visto un solo caiman en las aguas del rio?

—Ni uno solo—responde Fragoso.

—Pues si no los habeis visto—replica el piloto, —es porque no los hay; y si no los hay, es porque estos animales no tienen ningun interes en aventurarse en las aguas blancas, cuando á un cuarto de milla de aquí se encuentran anchos espacios de esas aguas negras que buscan preferentemente. Cuando la jangada se vió atacada por algunos de aquellos animales, fué porque en aquel paraje no habia ningun afluente del Amazonas donde pudieran refugiarse. Aquí ya es otra cosa. Id al rio Negro, y allí encontraréis los caimanes por veintenas. Si el cuerpo de Torres hubiera caido en este afluente, quizá no habria esperanzas de encontrarle jamas..... Pero es en el Amazonas donde se ha perdido, y el Amazonas nos le devolverá.

Benito, algo consolado de sus temores, tomó la mano del piloto, estrechándosela y contentándose con decir:

—¡Hasta mañana, amigos mios!

Diez minutos despues, todos se hallaban á bordo de la jangada.

Durante aquel dia, Yaquita habia pasado algunas horas al lado de su marido. Pero ántes de marchar, cuando no vió al piloto, ni á Manuel, ni á Benito, ni á las embarcaciones, comprendió la clase de investigaciones á que iban á entregarse.

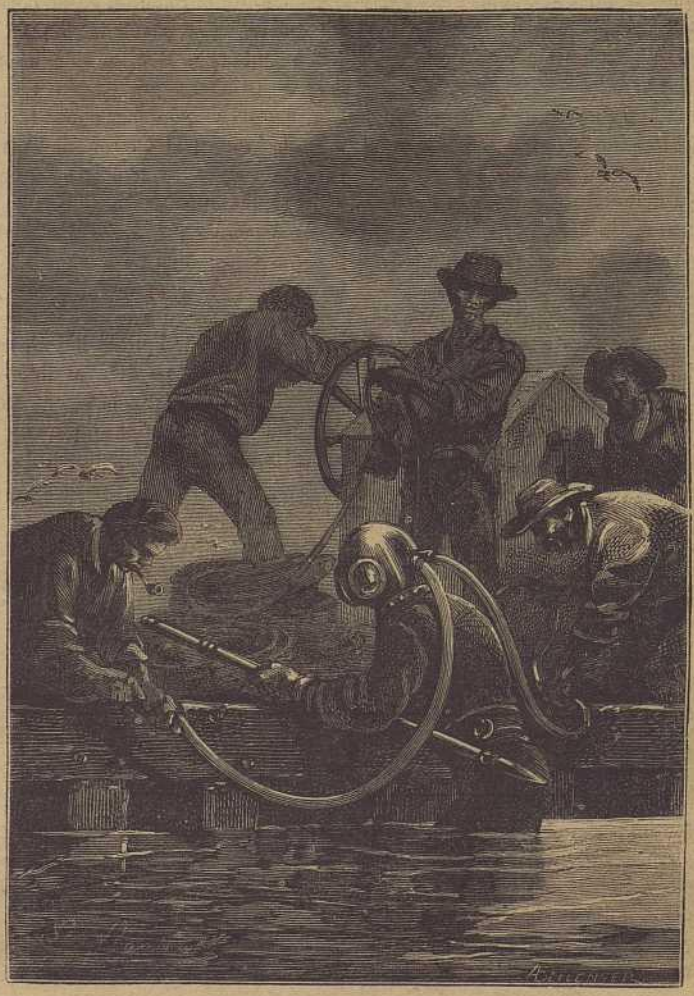
No obstante, no quiso decir nada á Juan Dacosta, esperando que á la mañana siguiente le podria dar cuenta del resultado.

Mas apénas Benito hubo puesto los piés en la jangada, comprendió que sus investigaciones habian fracasado.

No obstante, se adelantó hácia él.

—¿Nada?.....—le preguntó.

—¡Nada!—contestó Benito;—pero mañana continuarémos.



A una señal fué lanzado al fondo.

Cada uno de los individuos de la familia se retiró á su habitacion, sin hacer mencion de lo que habia pasado.

Manuel quiso obligar á Benito á que se acostase, para que al ménos tuviera una ó dos horas de de descanso.

—¿De qué servirá?.....—respondió Benito.—¿Es cosa de que yo pueda dormir?

IX.

SEGUNDAS INVESTIGACIONES.

En la mañana del 27 de Agosto, ántes de amanecer, Benito llevó aparte á Manuel y le dijo:

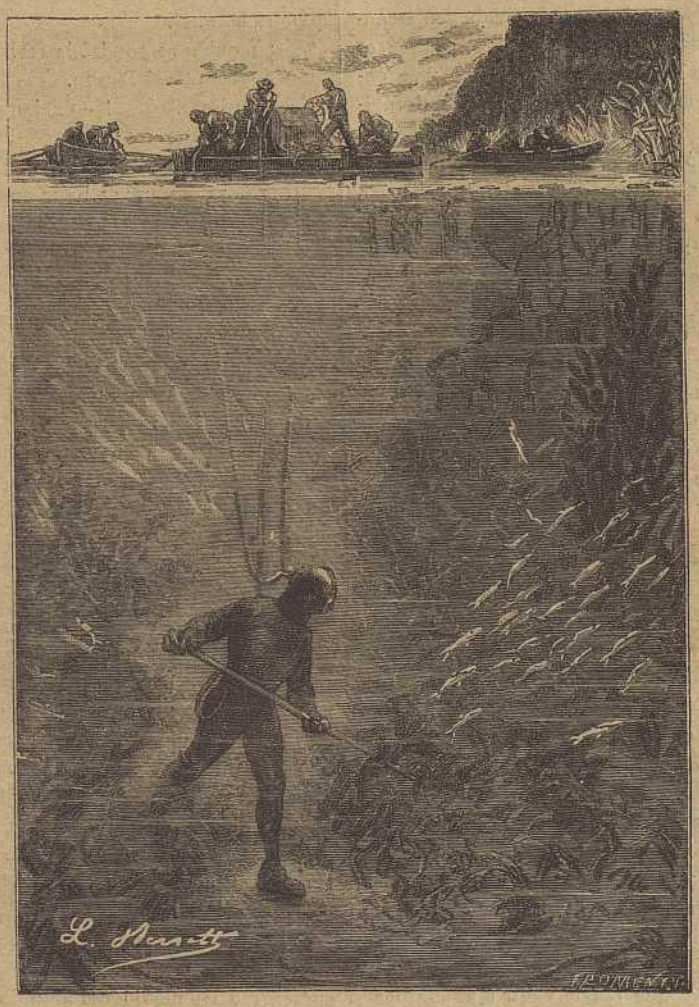
—Las investigaciones que hemos hecho ayer han sido inútiles. De empezarlas de nuevo hoy bajo las mismas condiciones, quizá no seamos más afortunados.

—Y sin embargo, hay que hacerlas—respondió Manuel.

—Sí—repuso Benito;—pero en caso de que no se encuentre el cuerpo de Torres, ¿puedes decirme qué tiempo se necesita para que salga á la superficie del rio?

—Si Torres—respondió Manuel—hubiese caido vivo al agua, y no por consecuencia de una muerte violenta, se necesitarian de cinco á seis dias. Pero como ha desaparecido despues de haber sido herido mortalmente, quizá dos ó tres dias bastarán para que reaparezca.

Esta respuesta de Manuel, que es absolutamente exacta, exige alguna explicacion.



Las bandadas de peces se escapaban.

Todo sér humano que cae en el agua se encuentra en disposicion de poder flotar, á condicion de que pueda establecerse el equilibrio entre la gravedad de su cuerpo y la masa líquida; esto, tratándose de una persona que no sepa nadar. En estas condiciones, si la persona se sumerge completamente, no teniendo fuera del agua más que la boca y la nariz, flotará, sin duda alguna. Pero lo más general es que no suceda así.

El primer movimiento de un hombre que se ahoga es el de procurar sostenerse fuera del agua. Levanta la cabeza y agita los brazos, y estas partes del cuerpo, que no están sostenidas por el líquido, no pierden la cantidad de peso que perderian si estuviesen completamente sumergidas. De aquí un exceso de pesantez y una inmersion completa. En efecto, el agua penetra por la boca en los pulmones, toma el sitio del aire que los llena, y el cuerpo se desliza al fondo.

Por el contrario, en caso de que el hombre que cae al agua esté ya muerto, encuéntrase en condiciones muy diferentes y más favorables para flotar, puesto que no puede hacer los movimientos de que ántes se ha hablado; y si se sumerge, como el líquido no ha penetrado abundantemente en sus pulmones, porque no ha procurado respirar, está en disposicion de reaparecer prontamente.

Manuel, pues, tenía razon al establecer una distincion entre el caso de un hombre vivo aún y el de otro ya muerto que caen al agua. En el primer caso, la vuelta á la superficie es necesariamente más lenta que en el segundo.

Respecto á la reaparicion de un cuerpo despues de una inmersion más ó ménos prolongada, se determina únicamente por la descomposicion, que engendra los gases, los cuales ocasionan la distension de sus tejidos celulares; su volúmen se aumenta, sin crecer el peso, y más ligero entónces que el agua que le desaloja, se remonta y se encuentra en las condiciones deseadas de flotabilidad.

—Así—volvió á decir Manuel—aunque las circunstancias sean favorables, puesto que Torres no vivia cuando cayó en el rio, á ménos que la descomposicion no se modifique por circunstancias que no es posible prever, no puede reaparecer ántes de tres dias.

—Nosotros no contamos con tres dias—respondió Benito;—nosotros no podemos esperar, harto lo sabes. Hay que proceder, pues, á nuevas investigaciones; pero de otra manera.

—¿Qué pretendes hacer?—preguntó Manuel.

—Sumergirme en el fondo del rio—respondió Benito.—Buscar con mis ojos, buscar con mis manos.....

—¡Sumergirse cien veces, mil veces.....!—exclama Manuel.—¡Sea!..... Yo pienso, como tú, que es preciso proceder hoy á una investigacion directa, y no obrar más á ciegas con las dragas y los bicheros, que sólo trabajan á tientas. Yo pienso tambien que no podemos esperar tres dias..... Pero sumergirse, subir, volver á bajar, todo esto no proporciona sino breves períodos de exploracion.

—No..... esto es insuficiente; esto sería inútil y nos exponemos á salir mal otra vez.

—¿Tienes tú, pues, otro medio que proponerme, Manuel?—preguntó Benito que devoraba á su amigo con la vista.

—Escúchame... Hay una circunstancia, digámoslo así, providencial que puede venir á ayudarnos.

—¡Habla pues..... Habla pues!

—Ayer, circulando por Manao, he visto que se trabajaba en la reparacion de uno de los malecones del rio Negro. Estos trabajos submarinos se hacen por medio de una escafandra. Pidamos, alquilemos ó compremos á cualquier precio este aparato, y nos será posible volver á empezar nuestras investigaciones en condiciones más favorables.

—Avisa á Araujo, á Fragoso, á nuestra gente, y partamos..... respondió inmediatamente Benito.

Enterados el piloto y el barbero de las resoluciones tomadas, estuvieron conformes con el proyecto de Manuel. Convínose en que ambos, con los indios y las cuatro embarcaciones, irian á la cuenca del Frias y aguardarian allí á los jóvenes.

Manuel y Benito desembarcaron sin perder momento y llegaron al malecon de Manao. Allí ofrecieron tal suma al empresario de los trabajos, que éste se obligó á poner el aparato á su disposicion por todo el dia.

—¿Quereis—preguntó aquél—uno de mis hombres que pueda ayudaros?

—Dadnos vuestro contramaestre y algunos de sus camaradas, para servir la bomba de aire—respondió Manuel.

—¿Y quién se pondrá la escafandra?

—Yo—contestó Benito.

—¡Benito.... tú.....! —exclamó Manuel.

—Yo lo quiero.

Era inútil insistir.

Una hora despues la balsa que conducia la bomba y los demas aparatos para la maniobra habia bajado hasta la márgen del promontorio, donde esperaban las embarcaciones.

Ya se sabe que el aparato de la escafandra permite bajar al fondo de las aguas y permanecer cierto tiempo sin que las funciones de los pulmones experimenten molestia ninguna. El buzo se pone un vestido impermeable de caoutchouc, cuyos piés terminan en unas suelas de plomo que aseguran su posicion vertical en medio del líquido. A la altura del cuello se adapta un collar de cobre, sobre el cual se coloca una bola de metal, cuya pared anterior está formada de un vidrio. En esta bola se encierra la cabeza del buzo, que puede moverse á voluntad. A la misma bola se sujetan dos tubos; el uno para la salida del aire espirado que no necesitan los pulmones, y el otro se comunica con una bomba que funciona en la balsa y envia un aire nuevo para las necesidades de la respiracion. Cuando el buzo trabaja en un sitio, la balsa permanece inmóvil encima de él; y cuando debe ir yendo y viniendo sobre el fondo del lecho del rio, sigue sus movimientos ó él sigue los de la balsa, segun se haya convenido entre él y la tripulacion.

Estas escafandras, muy perfeccionadas ya, ofrecen ménos peligro que en otro tiempo. El hombre, sumergido en medio del líquido, se acostumbra fácilmente al exceso de presion que soporta. Si en el caso presente algun terrible peligro era de temer, habria sido debido al encuentro de algun caiman en las profundidades del rio. Pero conforme lo habia hecho observar Araujo, ninguno de aquellos anfibios se habia dejado ver la víspera, y ya se sabe que buscan con preferencia las aguas negras de los afluentes del Amazonas. Por otra parte, en caso de cualquier peligro, el buzo tiene siempre á su disposicion el cordon de una campanilla, puesta en la balsa, y al menor tañido se le puede izar rápidamente á la superficie.

Benito, siempre tranquilo cuando tomaba una resolucion y la ponia en práctica, se vistió la escafandra; su cabeza se ocultó en la esfera metálica; su mano tomó una especie de chuzo de punta de hierro, á propósito para remover las hierbas y las basuras acumuladas en el lecho de la cuenca, y á una señal que hizo fué lanzado al fondo.

Los hombres de la balsa, acostumbrados á aquel trabajo, principiaron en seguida á hacer funcionar

la bomba de aire, miéntras que cuatro indios de la jangada, á las órdenes de Araujo, la impelian lentamente con sus largos bicheros en la direccion convenida.

Las dos piraguas, en cada una de las cuales iban Fragoso y Manuel con dos remeros, escoltaban la balsa, prontas á dirigirse rápidamente atras ó adelante si Benito, encontrando, por fin, el cuerpo de Torres, le traia á la superficie del Amazonas.

X.

UN CAÑONAZO.

Benito estaba ya bajo aquella inmensa sabana de agua que le ocultaba aún el cadáver del aventurero. ¡Ah! si él hubiera tenido el poder de desviar, de evaporizar, de agotar las aguas del gran rio; si él hubiese podido poner en seco toda aquella cuenca del Frias, desde la parte de abajo de la barra hasta la confluencia del rio Negro, ya, sin duda, aquella caja, oculta entre la ropa de Torres, estaria en su poder, y la inocencia de su padre seria reconocida. Juan Dacosta, recobrando la libertad, hubiera vuelto á emprender, en union de los suyos, la bajada del rio, y ¡cuántas terribles pruebas se podrian evitar!

Benito habia sentado sus piés en el fondo. Sus pesadas suelas hacian rechinar el casquijo del fondo. Encontrábase á una profundidad de doce á quince piés, á plomo del promontorio, en el mismo sitio en que Torres habia desaparecido.

Allí se notaba una intrincada red de cañas, raíces y plantas acuáticas, y seguramente, durante las investigaciones de la víspera, ninguno de los bicheros habria podido revolver todo aquel entretejido. Era, pues, muy posible que el cuerpo, detenido en aquellas espesuras submarinas, permaneciera aún en el sitio donde habia caido.

En aquel paraje, merced á los remolinos producidos por la prolongacion de una de las puntas de la ribera, la corriente es absolutamente nula. Benito, pues, seguia únicamente los movimientos de la balsa, que los bicheros de los indios hacian cambiar de direccion encima de su cabeza.

La luz penetraba entónces á bastante profundidad en aquellas claras aguas, sobre las cuales un magnífico sol, brillando en un cielo sin nubes, lanzaba casi normalmente sus rayos. En las condiciones ordinarias de la visualidad, y bajo una masa líquida, una profundidad de veinte piés basta para que la vista quede extremadamente limitada: pero aquí las aguas parecian estar como impregnadas de un flúido luminoso, y Benito podia descender más abajo todavía sin que las tinieblas le ocultasen el fondo del rio.

El jóven costeó detenidamente el promontorio. Su baston herrado registraba las hierbas y las basuras acumuladas en su base. Las bandadas de peces, si se pueden llamar así, se escapaban como bandadas de pájaros fuera de un espeso matorral. Diríase que eran millares de pedazos de un espejo roto que se agitaban entre las aguas. A la vez, algunos cientos de crustáceos corrian por la amarillenta arena, parecidos á gruesas hormigas arrojadas de su madriguera.

Sin embargo de que Benito no dejaba ni un solo punto de la ribera sin explorar, el objeto de sus investigaciones no parecia. Observando entónces que la inclinacion del lecho era bastante pronunciada, dedujo que el cuerpo de Torres podia muy bien haber rodado más allá de los remolinos, hácia el medio del rio. Siendo esto así, quizá le encontraria aún; pues la corriente no habria podido sacarle de una profundidad ya grande y que debia sensiblemente irse aumentado.

Benito resolvió, pues, llevar sus investigaciones por aquel lado en que habia sondeado las matas de hierba. Por esto continuó avanzando en aquella direccion que la balsa habia seguido durante un cuarto de hora, segun lo que préviamente se habia determinado.

Pasado el cuarto de hora, Benito nada habia encontrado todavía. Sintió entónces la necesidad de salir á la superficie á fin de encontrarse en condiciones fisiológicas para adquirir nuevas fuerzas. En ciertos sitios en que el rio no anunciaba más profundidad, debia haber bajado hasta cerca de treinta piés. Debia, pues, haber soportado una presion casi equivalente á la de una atmósfera, lo cual origina una fatiga física y una turbacion moral al que no está acostumbrado á aquella clase de ejercicio.

Benito tiró de la cuerda de la campanilla, y los hombres de la balsa empezaron á izarle, pero trabajaban lentamente, invirtiendo un minuto en levantarle dos ó tres piés, á fin de no producir en sus órganos internos los funestos efectos de la decompresion.

Apénas el jóven entró en la balsa se le quitó la esfera metálica de la escafandra, y pudo respirar extensamente, sentándose, á fin de tomar un momento de descanso.

Las piraguas se habian acercado al punto. Manuel, Fragoso y Araujo estaban allí, al lado suyo, esperando á que pudiese hablar.

—¿Y bien?—preguntó Manuel.

—¡Nada todavía!..... ¡Nada!

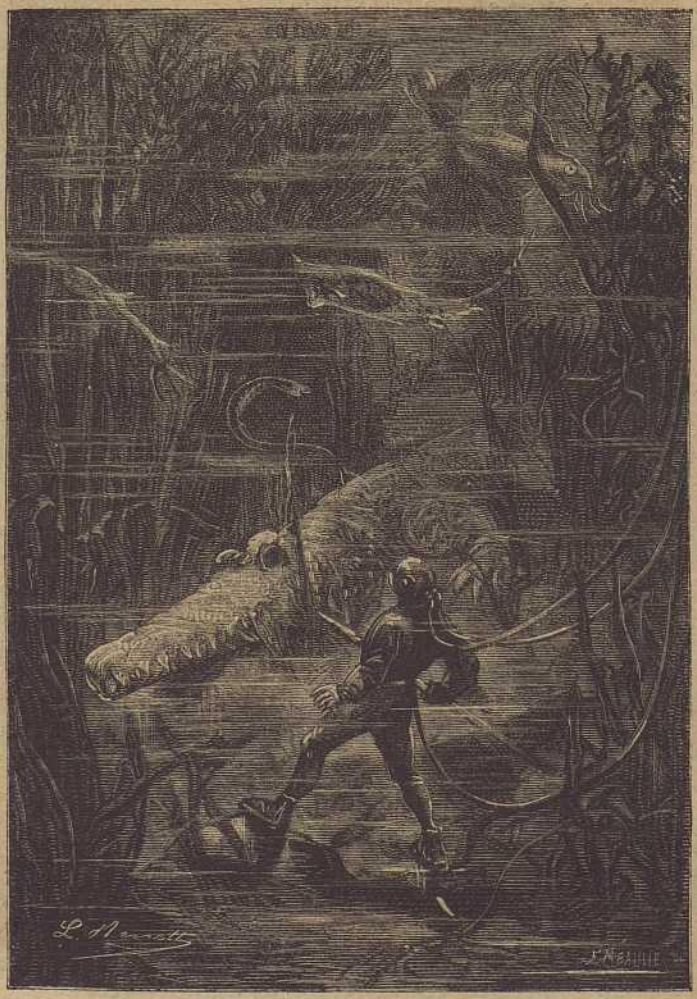
—¿Ni has descubierto ningun rastro?

—Ninguno.

—¿Quieres que baje á mi vez?

—No, Manuel, no—respondió Benito.—Yo he principiado..... y yo sé dónde quiero ir..... ¡Déjame obrar!.....

Benito explicó entónces al piloto que su intencion era visitar bien la parte inferior del promontorio hasta la barra de Frías; puesto que allí era donde la elevacion del suelo habria podido detener el cuerpo de Torres, sobre todo, si este cuerpo, flotando entre dos aguas, habia resistido,



Benito retrocedió.

aunque fuese poco, la accion de la corriente; pero ántes queria separarse lateralmente del promontorio y explorar con sumo cuidado aquella especie de depresion formada por la inclinacion del lecho del rio, y á cuyo fondo, evidentemente, no habrán podido penetrar los bicheros.

Araujo aprobó aquel proyecto, y en su consecuencia, dispúsose á tomar las medidas convenientes.

Manuel entónces creyó oportuno dar algunos consejos á Benito.

— Puesto que quieres seguir las investigaciones por esta parte—le dice—la balsa va á oblicuar hácia esa direccion. Pero sé prudente, Benito. Se trata de ir más profundamente que ántes, quizás á cincuenta ó sesenta piés, y allí tendrás que soportar una presion de dos atmósferas. No te aventures, pues, sino con mucha lentitud, ó te podrá abandonar la presencia de ánimo. Si sientes que tu cabeza se comprime, como si estuviera dentro de un tornillo; si tus oidos zumban contínuamente, no dudes en dar la señal, y te remontarémos á la superficie. Despues volverás á empezar, y haciéndolo así, te acostumbrarás, más ó ménos, á moverte en las profundidades del rio.

Benito prometió á Manuel seguir aquellas instrucciones, cuya importancia conocia. Estaba temeroso, sobre todo, de que la presencia de ánimo pudiera faltarle en el momento en que quizá le sería más necesaria.

Benito estrechó la mano de Manuel; la esfera de la escafandra fué adherida de nuevo al cuello;

Era el cadáver de Torres que subia.

la bomba empezó otra vez á funcionar, y el buzo desapareció bien pronto bajo las aguas.

La balsa se habia separado entónces unos cuarenta piés de la orilla izquierda; pero como á medida que avanzaba hácia el medio del rio, la corriente la podia hacer bajar con más ligereza de la necesaria, las ubas se amarraron á ella, y los pagayeros ó remeros la sostuvieron contra la corriente, de modo que no pudiera moverse sino con extremada lentitud.

Benito bajó muy suavemente y luégo se encontró en el suelo firme.

Cuando sus suelas pisaron la arena del lecho, pudo juzgar, por la extension de la cuerda de izar, que se hallaba á una profundidad de sesenta y cinco á setenta piés. Habia, pues, allí una excavacion considerable, abierta muy por bajo del ordinario nivel.

El centro líquido estaba más oscuro entónces; pero la limpidez de aquellas aguas trasparentes dejaba penetrar bastante luz todavía para que Benito pudiera suficientemente distinguir los objetos esparcidos sobre el fondo del rio, y dirigirse con alguna seguridad. La arena, por otra parte, sembrada de mica, parecia formar una especie de reflector, y hubiéranse podido contar los granos, que destellaban como una polvareda luminosa.

Benito iba, miraba y sondeaba con su baston las más pequeñas cavidades, continuando engolfándose lentamente. Largábasele cuerda segun pedia; y como los tubos que servian para la aspiracion y respiracion del aire no estaban nunca

tirantes, las funciones de la bomba se verificaban en buenas condiciones.

Benito se separó de la orilla, para poder encontrar el centro del lecho del Amazonas, donde se encontraba la más fuerte depresion del terreno.

De vez en cuándo, una profunda oscuridad se esparcia en torno suyo, y entónces no podia ver nada más que un resplandor muy exiguo. Fenómeno puramente pasajero. Era la balsa, que, moviéndose por encima de su cabeza, interceptando completamente los rayos solares, ponia la noche en lugar del dia; pero un momento despues la gran sombra se disipaba, y la reflexion de la arena volvia á tomar toda su intensidad.

Benito continuaba bajando, sintiendo, sobre todo, el aumento de la presion que imponia á su cuerpo la masa líquida. Su respiracion era difícil, y la retractibilidad de sus órganos no se verificaba á su voluntad, con tanta comodidad como en un centro atmosférico convenientemente equilibrado. En semejantes condiciones, hallábase bajo la accion de efectos fisiológicos á que no estaba acostumbrado. El zumbido de oidos se acentuaba más; pero como su pensamiento estaba siempre lúcido; como sentia que el raciocinio se verificaba en su cerebro con pureza perfecta, aunque un poco extranatural, no quiso dar la señal para que le izaran y continuó bajando más profundamente.

Un momento, en la penumbra donde se encontraba, llamó su atencion una masa confusa, que le pareció tenía la forma de un cuerpo, enredado en un monton de hierbas acuáticas.

Una viva emocion se apoderó de él, y avanzando en aquella direccion removió con su baston aquella masa.

Pero no era más que el cadáver de un enorme caiman, ya reducido á esqueleto, y que la corriente del rio Negro habia arrastrado hasta el lecho del Amazonas.

Benito retrocedió, y á pesar de las aserciones del piloto, vino á su pensamiento la idea de que algun caiman vivo pudiera muy bien ocultarse en las profundidades de la concha de Frías.

Pero desechada esta idea, continuó su marcha, de modo que pudiera llegar al fondo de la depresion.

Debia entónces haber llegado á una profundidad de noventa á cien piés, y, por consiguiente, se hallaba sometido á una presion de tres atmóferas. Si aquella cavidad, pues, se acentuaba más todavía, se veria obligado muy pronto á detenerse en sus investigaciones.

La experiencia ha demostrado, con efecto, que en las profundidades de más de ciento veinte ó ciento treinta piés se encuentra el líquido extremo, que es peligroso franquear en una excursion submarina; no sólo el organismo humano no se presta á funcionar convenientemente bajo tales presiones, sino que los aparatos no proveen más de aire con suficiente regularidad.

Y, sin embargo, Benito estaba resuelto á ir hasta donde le permitieran la fuerza moral y la energía física. Un presentimiento inexplicable le impulsaba hácia aquel abismo. Parecíale que el cuerpo debia haber rodado hasta el fondo de aquella cavidad, y que quizá Torres, si estaba cargado de objetos pesados, tales como un cinto donde llevase el dinero, ó bien sus armas, podia haberse mantenido en grandes profundidades.

De repente, y en una sombría excavacion, descubrió un cadáver..... ¡Sí..... un cadáver, vestido aún, extendido como un hombre que estuviese dormido, con los brazos doblados bajo la cabeza!

¿Era aquel Torres? En la oscuridad, bastante densa entónces, era difícil de conocer; pero no cabía duda de que era un cuerpo humano el que yacía allí, á ménos de diez pasos, y en una inmovilidad completa.

Una violenta emocion se apoderó de Benito. Su corazon cesó de latir un instante, y creyó que iba á perder el conocimiento. Un supremo esfuerzo de voluntad le hizo reponerse, y se encaminó hácia el cadáver.

De repente, una sacudida, tan violenta como inesperada, hizo vibrar todo su sér. Una larga correa le ceñia el cuerpo, y no obstante el espeso vestido de escafandra, se sentia sacudido con redoblados golpes.

—¡Un gimnote!—exclama.

Esta fué la única palabra que pronunciaron sus labios.

Y, en efecto, era un *puraqué*, nombre que los brasileños dan al gimnote ó culebra eléctrica, el que acababa de arrojarse sobre él.

No hay quien ignore lo que son esta especie de anguilas de piel negruzca y viscosa, armadas á lo largo del lomo y de la cola de un aparato que, formado de láminas unidas por otras laminitas verticales, funciona por medio de nervios de una gran potencia. Este aparato, dotado de singulares propiedades eléctricas, es susceptible de producir terribles conmociones. De estos gimnotes, unos son apénas del tamaño de una culebra, otros miden hasta diez piés de largo, y algunos, que son los más raros, exceden de quince y de veinte, por un grueso de ocho á diez pulgadas.

Los gimnotes son bastante numerosos, tanto en el Amazonas como en sus afluentes, y aquél era una de esas *bibinas* vivas, de cerca de diez piés de largo, que, despues de haberse aflojado como un arco, vino á precipitarse sobre el buzo.

Benito comprendió todo lo que tenía que temer del ataque de este formidable animal. Su vestido no bastaba para protegerle. Las descargas del gimnote, poco fuertes al principio, vinieron á ser más y más violentas, y esto ocurria en el instante en que, debilitado por la pérdida del flúido, iba á quedar reducido á la impotencia.

No pudiendo Benito resistir tales sacudidas, se

hallaba casi derribado sobre la arena. Sus miembros se paralizaban poco á poco bajo los efluvios eléctricos del gimnote, que se frotaba lentamente sobre su cuerpo y le enlazaba con sus vueltas. Sus brazos no podian levantarse..... escapósele el baston, y su mano no tuvo fuerza para coger el cordon de la campanilla y dar la señal.

Y esto en el momento en que un cuerpo—¡el cuerpo de Torres sin duda!—se le venía á aparecer.

Por un instinto supremo de conservacion, Benito quiso llamar..... su voz se apagó dentro de aquella caja metálica, que no podia dejar que pasase ningun sonido.

En aquel momento el *puraqué* redobló sus ataques, lanzando descargas que hacian saltar á Benito sobre la arena, como los pedazos de un reptil cortado, y cuyos músculos se retorcian bajo el látigo del animal.

Benito sentia que de pronto perdia el conocimiento. Sus ojos se oscurecieron poco á poco, y sus miembros se aflojaban.....

Pero ántes de haber perdido la facultad de ver y de pensar, un fenómeno inesperado, inexplicable, extraño, se verificó á su vista.

Una detonacion sorda vino á propagarse á traves de las masas líquidas. Era como un trueno, cuyos redobles corrian entre las aguas, agitadas por las sacudidas del gimnote. Benito se sintió conmovido por una especie de estruendo formidable, que encontraba un eco hasta en las últimas profundidades del rio.

Y de repente, un grito supremo se escapó de sus labios á causa de una espantosa vision espectral que se presentaba á sus ojos.

El cuerpo del ahogado, hasta entónces extendido en el suelo, ¡acababa de levantarse!..... Las ondulaciones de las aguas le hacian mover los brazos, como si los agitase en una vida singular. Brincos convulsivos imprimian el movimiento á aquel cadaver aterrador.

¡Era el de Torres!..... Un rayo de sol habia llegado hasta aquel cuerpo, á traves de la masa líquida, y Benito reconoció la figura hinchada y verdosa del miserable herido por su mano, y cuyo último suspiro habia sido ahogado entre aquellas aguas.

Y miéntras que Benito no podia imprimir un solo movimiento á sus paralizados miembros, ínterin que sus pesadas suelas, como si estuviera clavado en la arena del álveo, el cadáver se enderezó, su cabeza se agitó de alto abajo, y saliendo de la cavidad dónde se hallaba retenido por un matorral de hierbas acuáticas, se elevó, derecho y espantoso á la vista, hasta la superficie del Amazonas.

XI.

LO QUE CONTENIA LA CAJA.

¿Qué habia pasado? Un fenómeno puramente físico, cuyo explicacion va á verse.

El cañonero del Estado, *Santa Ana*, que, con destino á Manao, subia por el Amazonas, acababa de franquear el paso del Frías. Un poco ántes de llegar á la embocadura del rio Negro, habia izado su bandera y saludado con un cañonazo al pabellon brasileño. A aquella detonacion se produjo un efecto de vibracion en la superficie de las aguas, y aquellas vibraciones, propagándose hasta el fondo del rio, bastaron para levantar el cuerpo de Torres, aligerado ya por un principio de descomposicion, que facilitaba la distension de su sistema celular. El cuerpo del ahogado se remontó naturalmente á la superficie del Amazonas.

Este fenómeno, bien conocido, explicaba la reaparicion del cadáver; pero forzoso es convenir que habia habido una feliz coincidencia en la llegada del *Santa Ana* al teatro de las investigaciones.

A un grito de Manuel, repetido por todos sus compañeros, una de las piraguas se dirigió inmediatamente hácia el cuerpo, miéntras se volvia á traer el buzo á la balsa.

Pero, al mismo tiempo, ¡cuál fué la indescriptible emocion de Manuel, cuando Benito, izado hasta la plataforma, fué depositado en ella en un estado de completa inercia y sin que se revelase la vida por un solo movimiento exterior!

¿No era un segundo cadáver que acababan de traer allí las aguas del Amazonas?

El buzo fué despojado lo más pronto posible de su vestido de escafandra.

Benito habia perdido enteramente el conocimiento por la violencia de las descargas del gimnote.

Manuel, desatinado, le llamaba, le insuflaba con su propia respiracion, y procuraba encontrar los latidos de su corazon.

—¡Late..... late!.....—exclamó.

Sí; el corazon de Benito palpitaba áun, y en algunos minutos los cuidados de Manuel le volvieron á la vida.

—¡El cuerpo..... el cuerpo!.....

Tales fueron las primeras palabras, las únicas que se escaparon de la boca de Benito.

—¡Vedle!.....—respondió Fragoso, señalando la piragua que venía á la balsa con el cadáver de Torres.

—Pero ¿Benito, que es lo que te ha pasado?—preguntó Manuel.—¿Ha sido la falta de aire?

—¡No!.....—contestó Benito.—Un puraqué que se arrojó sobre mí..... ¿pero aquel ruido?..... ¡Aquella detonacion!.....

—Un cañonazo—respondió Manuel.—Un cañonazo es el que ha traido el cadáver á la superficie del rio.

Benito habia perdido el conocimiento.

En aquel momento la piragua llegaba á atracar á la balsa. El cuerpo de Torres, recogido por los indios, descansaba en el fondo. Su permanencia en el agua no le habia desfigurado áun, y era fácil reconocerle.

Bajo aquel punto de vista, no era posible dudar.

Fragoso, arrodillado en la piragua, habia ya empezado á desgarrar los vestidos del ahogado, que se iban á jirones.

En aquel momento, el brazo derecho de Torres, ya desnudo, llamó la atencion de Fragoso. En efecto, sobre aquel brazo se notaba claramente la cicatriz de una antigua herida, que debió ser causada por una cuchillada.

—¡Esta cicatriz!—exclamó Fragoso.—Pero.... ¡es ésta!..... yo me acuerdo bien ahora.

—¿El qué?—preguntó Manuel.

—¡Una querella..... sí!..... Una querella de la que yo fuí testigo en la provincia de la Madeira..... ya hace tres años. ¡Cómo lo he podido olvidar!..... Este Torres pertenecia entónces á la milicia de capitanes de bosque. ¡Ah, yo sabia bien que habia visto ya á este miserable!

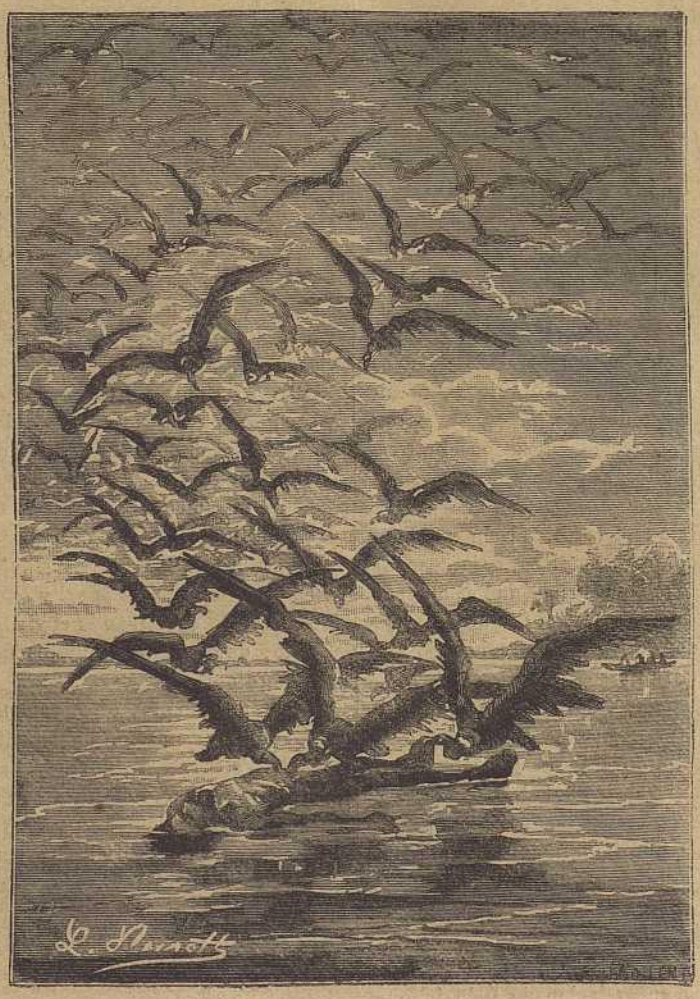
—¡Qué nos importa al presente!—gritó Benito. —¡La caja..... la caja!..... ¿La tiene aún?

Y fué á desgarrar las últimas ropas del cadáver para registrarle.

Manuel le detuvo.

—Un momento, Benito,—le dijo.

Y despues, volviéndose hácia los hombres que no pertenecian al personal de la jangada, y cuyo testimonio no podia ser sospechoso más tarde, les dijo :



Una bandada de aves de rapiña se precipitó sobre aquel cuerpo.

—Tomad acta, amigos mios, de todo lo que vamos á hacer aquí, á fin de que podais declarar ante los magistrados cómo han pasado las cosas.

Los hombres se aproximaron á la piragua.

Fragoso desató entónces el cinturon que ceñia el cuerpo de Torres, bajo el poncho destrozado, y palpando el bolsillo de la chaqueta, exclamó:

—¡La caja!

Benito exhaló un grito de júbilo, é iba á tomar la caja para abrirla y enterarse de lo que contenia.

—¡No!.....—le dijo entónces Manuel, á quien no abandonaba su sangre fria.—¡Es preciso que no haya duda posible en el ánimo de los magistrados! Conviene que testigos desinteresados puedan afirmar que esta caja se hallaba efectivamente sobre el cuerpo de Torres.

—Tienes razon—contestó Benito.

—Amigo mio—volvió á decir Manuel, dirigiéndose al contramaestre de la balsa.—Registrad vos mismo el bolsillo de esa chaqueta.

El contramaestre obedeció y sacó una caja de metal, cuya tapa estaba herméticamente cerrada, y que parecia no haber sufrido detrimento alguno por su permanencia en el agua.

—El papel, el papel!..... ¿Está dentro todavía? —gritó Benito, que no podia contenerse.

—El magistrado es quien debe abrir esta caja, —respondió Manuel.—A él solo compete examinarla y ver si encuentra en ella el documento.

—¡Sí, sí..... sigue teniendo razon Manuel!..... ¡A Manao, amigos mios, á Manao!

Benito, Manuel, Fragoso y el contramaestre,

que tenía la caja se embarcaron acto contínuo en una de las piraguas, y ya iban á embarcarse, cuando Fragoso dijo:

—¿Y el cuerpo de Torres?

La piragua se detuvo.

En efecto, los indios habian vuelto á echar al agua el cadáver del aventurero, que empezaba á bajar por la superficie del rio.

—Torres no era más que un miserable—dijo Benito.—Si yo lealmente he expuesto mi vida contra la suya, Dios le ha herido por mi mano. ¡Mas su cuerpo no debe por esto quedar sin sepultura!

Y entónces se mandó á la segunda piragua ir á buscar el cadáver para conducirle á la orilla, donde sería enterrado.

Pero en aquel momento, una bandada de aves de rapiña, que se cernia encima del rio, se precipitó sobre aquel cuerpo flotante.

Eran esos *urubús*, especie de pequeños buitres, de cuello pelado, de largas patas y negros como los cuervos, apellidados *gallinazos* en la América del Sur, y que son de una voracidad sin igual. El cuerpo, acuchillado por sus picos, deja escapar los gases que le hinchaban; su densidad se aumenta, se sumerge poco á poco, y por la última vez, lo que quedaba de Torres desapareció bajo las aguas del Amazonas.

Diez minutos despues, la piragua, rápidamente conducida, llegaba al puerto de Manao. Benito y sus compañeros saltaron á tierra y se lanzaron por medio de los calles de la ciudad.

En algunos momentos llegaron á la morada del juez Jarriquez, á quién, por medio de uno de sus criados, hicieron preguntar si podia recibirlos inmediatamente.

El magistrado dió órden de que los introdujeran en su despacho.

Allí Manuel hizo una relacion de todo lo que habia pasado desde el momento en que Torres habia sido herido mortalmente por Benito, en un encuentro legal, hasta el instante en que la caja habia sido encontrada sobre el cadáver, y tomada por el contramaestre del bolsillo de la chaqueta.

Aunque, por su naturaleza, aquella narracion corroborase todo lo que habia dicho Juan Dacosta, con motivo de Torres y de la venta que éste le habia ofrecido, el juez no pudo contener una sonrisa de incredulidad.

—Ved la caja, señor—dijo Manuel;—ni un solo instante ha estado en nuestras manos, y el hombre que os la presenta es el mismo que la ha encontrado sobre el cuerpo de Torres.

El magistrado tomó la caja y la examinó con cuidado, volviéndola y revolviéndola como si fuera un objeto precioso. Despues la agitó, y algunas piezas que se encontraban en su interior dejaron oir un sonido metálico.

¿No contendria, pues, la caja aquel documento tan buscado, aquel papel escrito de mano del verdadero autor del crímen y que Torres habia querido vender á un precio indigno á Juan Dacosta? ¿Aquella prueba material de la inocencia del condenado, estaria irremisiblemente perdida?

Fácilmente se comprende de qué violenta emocion se hallarian apoderados los espectadores de aquella escena. Benito apénas podia pronunciar una palabra, y sentia que su corazon iba á estallar.

—Abrid, pues, señor..... abrid, pues, esa caja—dijo al fin con voz entrecortada.

El juez Jarriquez principió á levantar la tapa, y cuando estuvo levantada, volcó la cajita, de la que salieron rodando sobre la mesa algunas monedas de oro.

—¡Pero el papel..... el papel!.....—exclamó otra vez Benito, que se agarraba á la mesa para no caerse.

El magistrado introdujo sus dedos en la caja, y sacó de ella, no sin alguna dificultad, un papel amarillento, doblado con cuidado, y al que parecia haber respetado las aguas.

—¡El documento!..... ¡Ese es el documento!—exclamó Fragoso.—¡Sí..... ese es el papel que yo vi en manos de Torres!

El juez desdobló el papel y le miró; despues le dió vueltas, examinando el derecho y reves del escrito, que estaban cubiertos de una letra bastante ordinaria.

—Un documento, efectivamente—dijo.—¡No cabe duda..... esto es un documento!

—Sí—contestó Benito;—y ese documento es el que atestigua la inocencia de mi padre.

—Yo no sé nada—respondió el juez—y temo que quizá sea muy difícil de saber.

—¿Por qué?—dijo Benito, que se puso pálido como un cadáver.

—Porque este documento se halla escrito en un lenguaje cifrado y que este lenguaje.....

—¿Y bien?

—¡No tenemos la clave para descifrarle!

XII.

EL DOCUMENTO.

Aquella era, en efecto, una grave eventualidad, que ni Juan Dacosta ni los suyos habian podido prever. Efectivamente, los que no hayan olvidado la primera escena de esta historia, lo saben; el documento estaba escrito en una forma indescifrable, tomado de uno de los numerosos sistemas que están en uso en la criptología.

Pero ¿cuál?

Antes de despedirse Benito y sus compañeros, el juez Jarriquez hizo sacar una copia exacta del documento, cuyo original queria conservar, y dió esta copia, debidamente confrontada, á los dos jóvenes, para que pudieran comunicársela al preso.

Despues, citándose para el otro dia, se retiraron aquéllos, y no queriendo tardar un momento en ver

á Juan Dacosta, se fueron inmediatamente á la cárcel.

Allí, en una rápida entrevista con el preso, le enteraron de todo lo que habia sucedido.

Dacosta tomó el documento y lo examinó con atencion. Despues, moviendo la cabeza, se lo devolvió á su hijo.

—Quizá —dijo —en este escrito se halla la prueba que yo nunca he logrado presentar; pero si esta prueba me falta, si toda la honradez de mi vida pasada no aboga en favor mio, yo no tengo que esperar nada de la justicia de los hombres, y mi suerte se halla entre las manos de Dios.

Todos lo comprendian bien. Si aquel documento permanecia sin descifrar, la situacion del condenado no podia ser peor.

—Nosotros encontrarémos, ¡padre mio!.....—dijo Benito.—No hay documento de esta clase que pueda resistir al exámen. ¡Tened confianza..... sí..... confianza!..... El cielo, milagrosamente, por decirlo así, nos ha proporcionado este documento que os justifica, y despues de haber guiado nuestra mano para encontrarle, no rehusará guiar nuestro entendimiento para leerle.

Dacosta estrechó la mano de Benito y Manuel; y luégo los tres jóvenes, sumamente conmovidos, se retiraron para volver directamente á la jangada, donde Yaquita les aguardaba.

Allí, Yaquita fué en breve enterada de los nuevos incidentes ocurridos desde la víspera; la reaparicion del cuerpo de Torres; el hallazgo del documento y la extraña forma en que el verdadero autor del atentado y compañero del aventurero habia creido conveniente escribirle sin duda para que no le comprometiese, si hubiese caido en manos extrañas.

Lina tambien fué naturalmente enterada de aquella inesperada complicacion y del descubrimiento que habia hecho Fragoso de que Torres era un antiguo capitan de bosques, perteneciente á aquella milicia que operaba en las inmediaciones de las bocas del Madeira.

—¿Pero en qué circunstancias le habeis encontrado?.....—preguntó la jóven mulata.

—Fué durante una de mis correrías á través de la provincia del Amazonas, respondió Fragoso; cuando yo iba de lugar en lugar ejerciendo mi oficio.

—Y esa cicatriz.

—Ved lo que pasó. Un dia llegué á la mision de Aranas en el momento en que Torres, á quien nunca habia visto, se hallaba empeñado en riña con uno de sus camaradas, de la misma calaña que él.—Dicha riña terminó por una cuchillada que atravesó el brazo del capitan del bosque. Pero, á falta de médico, yo fuí el encargado de curarle, y véase como tuvo lugar el conocimiento.

—¿Qué importa despues de todo—replicó la jóven—se sepa lo que ha sido Torres? El no ha sido el autor del crímen, y esto no adelantará mucho las cosas.

—No, sin duda—respondió Fragoso;—pero se acabará por leer ese documento, ¡qué diablo! y la inocencia de Juan Dacosta brillará entónces á los ojos de todos.

Esta era tambien la esperanza de Yaquita, Benito, Manuel y Minha. Así los tres, encerrados en la sala comun de la habitacion, pasaban largas horas ensayándose en procurar descifrar aquel manuscrito.

Pero si ésta era su esperanza—y conviene insistir sobre este punto—tambien era, por lo ménos, la del juez Jarriquez.

Despues de haber redactado el informe que á continuacion del interrogatorio establecia la identidad de Juan Dacosta, el magistrado envió aquel informe á la Chancillería, y creyó que habia concluido por su parte con aquel negocio. Pero no debia ser así.

En efecto, conviene decir que desde el hallazgo del documento, el juez se hallaba de repente trasportado á su elemento especial. Él, el buscador de combinaciones numéricas, resolvedor de problemas divertidos, el descifrador de charadas, jeroglíficos, logogrifos, y otras cosas, estaba evidentemente en su verdadero elemento.

Pero á la idea de que aquel documento encerraba tal vez la justificacion de Juan Dacosta, sentia despertarse en él todos sus instintos de analizador. Teniendo ante su vista un criptógrama, no pensaba más que en encontrar su sentido. Hubiera sido preciso no conocerle para dudar que hasta la comida y la bebida perdonaria por dedicarse á su trabajo.

Despues de marcharse los jóvenes, el juez se instaló en su despacho. La puerta, cerrada para todos, le aseguraba algunas horas de perfecta soledad. Tenía los anteojos sobre la nariz, y su tabaquera encima de la mesa. Tomó un buen polvo para mejor desarrollar las sutilezas y las sagacidades de su cerebro; asió el documento, y absorbióse en una meditacion que debia muy pronto materializarse bajo la forma de monólogo.

El digno magistrado era uno de esos hombres excepcionales, que piensan hablando.

—Procedamos con método—se decia á sí mismo.—Sin método no hay lógica. Sin lógica no hay resultado posible.

Y tomando el documento, le recorrió de un extremo á otro, sin comprender nada.

Aquel documento tendria unas cien líneas que estaban divididas en seis parágrafos ó párrafos.

—¡Hum!.....—dijo el juez despues de haber reflexionado.—Querer ejercitarme sobre cada parágrafo, uno despues de otro, seria perder inútilmente un tiempo precioso. Es preciso, por el contrario, escoger uno de estos apartes, y escoger el que deba presentar más interes. Pero ¿cuál se encuentra en estas condiciones si no es el último,

Estaba en su verdadero elem ento.

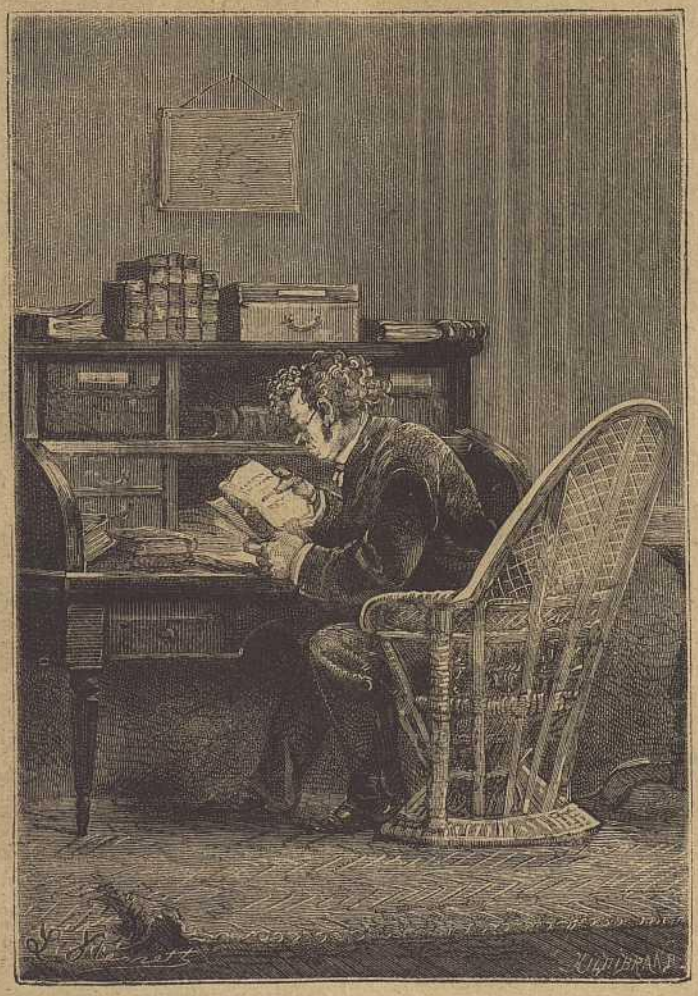
donde necesariamente debe resumirse el relato de todo el negocio? Los nombres propios pueden colocarme sobre la vía, y entre otros el de Juan Dacosta. Si él está en alguna parte de este documento, evidentemente no puede faltar en su último párrafo.

El juicio del magistrado era lógico. Seguramente, tenía razon para querer ejercitar desde luégo todos los recursos de su ingenio de criptólogo, sobre el último párrafo.

Véase este párrafo, porque es forzoso colocarle á la vista del lector, á fin de mostrar cómo un analizador iba á emplear sus facultades para descubrir la verdad.

Ch n y i s g e g g x p d z x q x e h ñ u q g p g ch n q y e l e o c r u h x b f i l l d x h u m ñ d y r f i l l r x v q o e d h r u v v h ch v e t ll x e e c r f n g r o b p b g r ñ i u l h r g r ll d q r j i e h ñ z g m ñ x ch b f t t g ch h o i s r h h ñ m ll r l r e m f p y r u b f l q x g d t h ll v o t f v m y c r e d g r u z b l q ll x y u d p h o z f f s p f i ñ d h r c q v h v x ŷ d p v s b g o n l x h t f c n ch h ñ u ll h e g q ch f n e d f q j p ll v v x b f ll r o ch f n h l ú z s l y r f m b o e p v m ñ r c r u t ll r u y g o p ch ll u ñ t d r q o k b f u h d f i s r q r ñ g s h s u v i h d

Desde luégo el juez Jarriquez observó que las líneas del documento no habian sido divididas por



Con su alfabeto especial en una mano y el documento en la otra.

palabras, ni áun por frases, y que la puntuacion faltaba. Esta circunstancia no podia ménos de hacer más dificultosa la lectura.

—Veamos sin embargo— continuó diciéndose —si alguna union de las letras parece formar las palabras, es decir, de esas palabras cuyo número de consonantes con relacion á las vocales permite la pronunciacion. Y desde luégo al principio veo la palabra *isge*..... más léjos la palabra *eleo*.... ¿si será griego?..... Despues *grob*..... *ñivl*..... *jieh*..... *hoisr*..... *phoz*..... *rem*..... *hluzsl*..... *suvihd*.....

El juez Jarriquez dejó caer el manuscrito y se puso á reflexionar durante algunos momentos.

—Todas las palabras que he notado en esta lectura, sumariamente hecha, son extravagantes. En verdad, nada indica su procedencia. Las unas tienen un aire griego; las otras, un aspecto holandes; las de aquí, un talante inglés; las de allá, latino, y las más no tienen aire ninguno, sin contar que hay series de consonantes que se resisten á toda pronunciacion humana. Decididamente, no será fácil establecer la clave de este criptógrama.

Los dedos del Magistrado principiaron á tocar sobre la mesa una especie de diana, como si quisiera despertar sus facultades adormecidas.

—Veamos, pues, desde luégo—tornó á decirse —cuántas letras hay en este párrafo.

Y tomando un lápiz, empezó á contar y apuntar.

—¡Doscientas noventa y cuatro! Y bien; ahora se trata de determinar en qué proporciones se ha-

llan estas diversas letras unidas unas con relacion á las otras.

Esta cuenta fué un poco más larga de ajustar. El juez habia vuelto á tomar el documento; luégo, con el lápiz apuntaba sucesivamente cada letra, siguiendo el órden alfabético. Un cuarto de hora despues, habia obtenido el siguiente estado:

			Suma anterior.	141	veces.
a =	0	veces.	*m* =	7	»
b =	10	»	*n* =	7	»
c =	6	»	*ñ* =	11	»
d =	14	»	*o* =	11	»
e =	14	»	*p* =	10	»
f =	18	»	*q* =	12	»
g =	17	»	*r* =	25	»
h =	21	»	*s* =	8	»
ch =	9	»	*t* =	8	»
i =	9	»	*u* =	15	»
j =	2	»	*v* =	13	»
k =	1	»	*x* =	13	»
l =	8	»	*y* =	8	»
ll =	12	»	*z* =	5	»
Suma y sigue..	141	veces.	TOTAL. . .	294	veces.

—¡Ah, ah!—dijo el Juez.—La primera observacion me llama mucho la atencion, y es que en este párrafo están empleadas todas las letras del alfabeto ménos una. Esto es muy raro. En efecto, tómense al azar en un libro el número de líneas que se necesiten para contener doscientas noventa y cuatro letras, y será muy extraño que figuren todos los signos del alfabeto. Despues de todo, esto puede ser un simple efecto de la casualidad.

Despues, pasando á otro órden de ideas, dijo:

—La cuestion más importante es ver si las vocales están en la debida proporcion con las consonantes.

El Magistrado volvió á tomar su lápiz, hizo la cuenta de las vocales y obtuvo el siguiente cálculo:

a =	0	veces.
e =	14	»
i =	9	»
o =	11	»
u =	15	»
y =	8	»
TOTAL. . .	57	vocales.

—Así—continuó diciéndose—en este aparte hay, hecha la resta, cincuenta y siete vocales contra doscientas treinta y siete consonantes. Esta es casi la proporcion normal, es decir, casi una quinta parte, como en el alfabeto, donde se cuentan seis vocales para veintiocho letras.

Es, pues, muy posible que este documento haya sido escrito en el idioma de nuestro país, pero que solamente se haya cambiado la significacion de cada letra. Mas si ésta se ha modificado con regularidad; si una *b*, por ejemplo, se halla siempre representada por una *l*, una *o* por una *v*, una *g* por una *k*, una *u* por una *r*, etc., consiento en perder mi plaza de juez de Manao si no llego á leer este documento. ¡Y qué tengo qué hacer, pues, sino proceder siguiendo el método de aquel gran genio analizador que se llama Edgard Pöe!

Al hablar así, el juez Jarriquez hacía alusion á una novela del célebre escritor americano, que es una obra maestra: «¿Quién no ha leido *El Escarabajo de oro*?»

En esta novela, un criptógrama compuesto á la vez de cifras, de letras, signos algebraicos, asteriscos, puntos y comas, sometido á un método completamente matemático, llega á ser descifrado con circunstancias tan extraordinarias, que no habrán seguramente olvidado los admiradores de aquel raro talento.

Verdad es que de la lectura del documento americano no dependia más que el descubrimiento de un tesoro, miéntras que aquí se trataba de la vida y del honor de un hombre. La cuestion, pues, de dar solucion á la cifra era mucho más interesante.

El Magistrado, que habia leido y releido *El Escarabajo de oro*, conocia bien los procedimientos de análisis minuciosamente empleados por Edgard Pöe, y resolvió servirse de ellos en esta ocasion. Utilizándolos, estaba seguro, como habia dicho, que si el valor ó la significacion de cada letra permanecia siendo constante, llegaria, en un tiempo más ó ménos largo, á leer el documento relativo á Juan Dacosta.

—¿Qué ha hecho Edgard Pöe?—se repetia.—Ante todo, principió por averiguar cuál era el signo. Aquí sólo hay letras..... Veamos, pues, la letra que se halla más repetida en el criptógrama: observo en el estado que es la letra *r*, que se encuentra veinticinco veces. Sólo esta proporcion enorme basta para demostrar *à priori* que *r* no significa *r*, sino que, al contrario, *r* debe representar la letra que se encuentra con más frecuencia en nuestro idioma, pues debo suponer que el documento esta escrito en portugues. En inglés ó en frances sería, sin duda, la *e;* en italiano sería la *i* ó la *a;* en portugues será la *a* ó la *o*. Así, pues, admitamos, salva ulterior modificacion, que *r* significa *a* ú *o*.

Hecho esto, el juez indagó cuál era la letra que despues de la *r* figuraba más número de veces en el manuscrito. Esto le condujo á formar el siguiente cuadro.

r	= 25	veces.
h	= 21	»
f	= 18	»
g	= 17	»
u	= 15	»
d. e	= 14	»
v. x	= 13	»

ll. q	= 12	veces.
ñ. o	= 11	»
b. p	= 10	»
ch. i	= 9	»
l. s. t. y	= 8	»
m. n	= 7	»
c	= 6	»
z	= 5	»
j	= 2	»
k	= 1	»
a	= 0	»

De modo que la letra *a*, que deberia ser la más repetida no se encuentra en el documento ni una sola vez. Esto prueba de una manera evidente que su significacion ha sido cambiada. Y ahora, despues de la *a* ó la *o*, qué letras figuran más frecuentemente en nuestro idioma? Busquemos.

Y Jarriquez con una sagacidad verdaderamente notable, que denotaba en él un alto espíritu de observacion, se lanzó en esta nueva investigacion. En ella no hacía más que imitar al novelista americano, que por simple induccion ó aproximacion, como gran analizador que era, habia podido constituirse un alfabeto correspondiente á los signos del criptógrama, y por consecuencia, llegar á leerle corrientemente.

Así obró el magistrado, y puede asegurarse que no fué inferior á su ilustre maestro. A fuerza de haber *trabajado* los logogrifos, los cuadrados y triángulos de palabras, y otros enigmas que sólo están basados en una disposicion arbitraria de las letras, se habia acostumbrado, ya con la imaginacion, ya con la pluma, á sacar la solucion, y era ya una especialidad en estos juegos del ingenio.

En aquella ocasion no tuvo que trabajar mucho para establecer el órden en que las letras se repetian con más frecuencia. Las vocales, desde luégo; las consonantes en seguida. Tres horas despues de haber empezado su trabajo tenía á la vista un alfabeto, que, si su procedimiento era exacto debia darle la verdadera significacion de las letras empleadas en el documento.

No habia, pues, ya más que hacer sino aplicar sucesivamente las letras de este alfabeto á las del manuscrito.

Pero ántes de hacer esta aplicacion, un poco de emocion se apoderó del juez. Hallábase completamente entregado al placer intelectual—que es mayor de lo que se cree—del hombre que, despues de haber invertido algunas horas en un pertinaz trabajo, va á ver aparecer el sentido tan impacientemente buscado de un logogrifo.

—Ensayemos, pues, dijo.—En verdad, me quedaria muy sorprendido si no tuviese la clave del enigma.

Y quitándose las gafas, limpió los cristales, empañados por el vapor de sus ojos, y volvió á colocárselas sobre la nariz. En seguida encorvó el cuerpo sobre la mesa.

Con su alfabeto especial en una mano, y el documento en la otra, principió á escribir bajo la primera línea del párrafo las letras verdaderas que, segun él, debian corresponder exactamente á cada letra criptográfica.

Despues de la primera línea hizo otro tanto con la segunda, con la tercera y con la cuarta, llegando así hasta el final del aparte.

Tomó el original..... No habia querido tampoco advertir miéntras escribia si aquella reunion de letras formaba palabras comprensibles. No; durante aquel primer trabajo su imaginacion habia rehusado hacer ninguna comprobacion de esta clase.

Lo que queria era proporcionarse aquella satisfaccion de leer todo de una vez, todo de un golpe y sin respirar.

Hecho esto, dijo:

—¡Leamos!

Pero ¡qué galimatías, gran Dios! Las líneas que habia compuesto con las letras de su alfabeto no formaban más sentido que la del documento. Era otra serie de letras, hé aquí todo, pero que no constituian ninguna palabra, que no tenian ningun valor. En suma, todo aquello era tambien otro jeroglífico.

—¡Diablos de diablos!—exclamó.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

ÍNDICE.

PÁGINAS.

I.—Manao. 5
II.—Los primeros momentos. 7
III.—Recuerdos del pasado. 10
IV.—Pruebas morales. 14
V.—Pruebas materiales. 18
VI.—El último golpe. 21
VII.—Resoluciones. 26
VIII.—Primeras investigaciones. 29
IX.—Segundas investigaciones. 32
X.—Un cañonazo. 35
XI.—Lo que contenia la caja. 39
XII.—El documento. 42

FIN DEL ÍNDICE.

OBRAS NUEVAS.

ERCKMANN-CHATRIAN.

WATERLÓO.

DOS PARTES, EDICION ILUSTRADA.

2 pesetas en toda España.

LUCIANO BIART.

LA FRONTERA INDIA.

DOS PARTES, EDICION ILUSTRADA.

2 pesetas en toda España.

ALBUM-ORTEGO.

COLECCION DE CARICATURAS, CON EL RETRATO DEL AUTOR.

DOS PARTES.

2 pesetas en toda España.

BIBLIOTECA CIENTÍFICA-RECREATIVA.

A. GUILLEMIN.

EL SONIDO.

Un tomo en 8.º, de 216 páginas. Pesetas, 1,25.

EN PUBLICACION.

LOS PAÍSES DEL EXTREMO ORIENTE,

POR DON JUAN M. PEREIRA.

EDICION ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS GRABADOS.

La obra constará de 10 series de 4 entregas, á 2 pesetas la série.
Se remite la primera entrega grátis á quien lo solicite.

OBRAS COMPLETAS
DE
JULIO VERNE
ILUSTRADAS CON GRABADOS,

ÚLTIMA PUBLICADA.

LA JANGADA.
(TERCERA PARTE.)

VAN PUBLICADAS.

	Ptas.	Cénts.
Los Ingleses en el Polo Norte.	»	75
El Desierto de Hielo.	1	»
Cinco Semanas en Globo.	1	»
Viaje al Centro de la Tierra.	1	»
Los Hijos del Capitan Grant en la América del Sur.	»	75
Los Hijos del Capitan Grant en la Australia.	1	»
Los Hijos del Capitan Grant en el Océano Pacífico.	1	»
De la Tierra á la Luna.	»	75
Alrededor de la Luna, segunda parte de la Tierra á la Luna.	1	25
Un Descubrimiento Prodigioso.	»	50
Veinte mil Leguas de Viaje Submarino. (Primera parte.) Del Atlántico al Pacífico.	1	»
Veinte mil Leguas de Viaje Submarino. (Segunda parte.) Del Pacífico al Atlántico.	1	25
Una Ciudad Flotante.	»	75
De Glasgow á Charleston.	»	50
Aventuras de tres Rusos y de tres Ingleses en el Africa Austral.	1	»
Un Capricho del Doctor Ox.	»	75
La Vuelta al Mundo en Ochenta Dias. (Primera parte.).	1	»
La Vuelta al Mundo en Ochenta Dias. (Segunda parte.).	1	»
Una Invernada entre los Hielos. (El capitan Cornbutte.).	»	50
Maese Zacarías. — Un Drama en los Aires — Estas dos novelitas, encuadernadas bajo una cubierta.	»	50
La Isla Misteriosa. (Primera parte.) Los Náufragos del Aire.	1	25
La Isla Misteriosa. (Segunda parte.) El Abandonado.	1	25
La Isla Misteriosa. (Tercera parte). El Secreto de la Isla.	1	25
El Chancellor.	1	»
Martin Paz.	»	50
El País de las Pieles. (Primera parte.).	1	25
El País de las Pieles. (Segunda parte.).	1	25
Los Grandes Viajes y los Grandes Viajeros.	1	»
Miguel Strogoff. (Primera parte.).	1	25
Miguel Strogoff. (Segunda parte.).	1	25
Las Indias Negras.	1	25
Héctor Servadac. (Primera parte.).	1	25
Héctor Servadac. (Segunda parte.).	1	25
Un Capitan de Quince Años. (Primera parte.).	1	25
Un Capitan de Quince Años. (Segunda parte.).	1	25
Los Descubrimientos del Globo. (Primera parte.).	1	25
Los Descubrimientos del Globo. (Segunda parte.).	1	25
Los Descubrimientos del Globo. (Tercera parte.).	1	25
Los Descubrimientos del Globo. (Cuarta parte.).	1	25
Los Quinientos Millones de la Princesa.	1	25
Los Amotinados de la Bounty. — Un Drama en Méjico. — Estas dos novelitas, encuadernadas bajo una cubierta.	»	50
Las Tribulaciones de un Chino en China.	1	25
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (Primera parte.).	1	25
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (Segunda parte.).	1	25
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (Tercera parte.).	1	25
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (Cuarta parte.).	1	25
La Casa de Vapor. (Primera parte.).	1	»
La Casa de Vapor. (Segunda parte.).	1	»
La Casa de Vapor. (Tercera parte.).	1	»
La Casa de Vapor. (Cuarta parte.).	1	»
Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (Primera parte.).	1	»
Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (Segunda parte.).	1	»
Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (Tercera parte.).	1	»
Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (Cuarta parte.).	1	»
La Jangada. (Primera parte.).	1	»
La Jangada. (Segunda parte.).	1	»
La Jangada. (Tercera parte.).	1	»

PRÓXIMA Á PUBLICARSE.

LA JANGADA.
(CUARTA PARTE.)

Los Editores han adquirido el derecho exclusivo de dar á luz en idioma español todas las nuevas producciones de Julio Verne.

Estas obras se hallan de venta en las principales librerías de Madrid, Provincias, Ultramar y Extranjero